Eugenio Orrego Vicuña

CARRERA

DRAMA HISTORICO EN CINCO ACTOS Y EN PROSA

NOTICIA PRELIMINAR

Suele ser útil que el autor informe a los lectores acerca de la gestación de sus producciones intelectuales. Ello, cuando de historia se trata, resulta no sólo recomendable sino necesario... Tales advertencias, que no deben pecar de difusas, valen por las fuentes que indican, esto es, por la suma del trabajo personal comprobado.

En el caso presente podría yo añadir algunas consideraciones sobre el teatro histórico americano, que apenas si registra uno que otro título escapado al olvido, pues es género que muy pocos han cultivado y rara vez con buena fortuna.

Si la de este mío, no ha sido buena en punto a estreno, pues razones económicas han impedido hasta hoy su representación, en tocante a prestigio literario lo alcanzó y en grande, pues la Universidad de Chile, que es nuestro más alto centro de cultura, lo ha acogido en las páginas de sus ANALES.

Analicemos el tema: José Miguel Carrera, figura central, es uno de los personajes de mayor valía en el período de la Independencia. Su actuación americana tiene relieve considerable, ya que no fué sólo caudillo local, ni su acción se circunscribió a nuestro medio histórico. Hombre de corazón y de pa-

sión, poseyó talento vigoroso, que las impulsiones de un violentísimo carácter—hecho de contrastes—malograron en plena juventud. En él se aunaban generosidad, audacia, emulación, odio, ternura, dureza y heroísmo. Fué caudillo en la amplia acepción de la palabra y fué también estratega y hombre de Estado. Su valentía ha quedado legendaria y los detalles de su muerte lo presentan con características dignas del teatro griego. Su vida romancesca—simpática ante la imaginación popular, como la del ilustre Manuel Rodríguez cuyo sino no fué menos trágico—lo coloca en el número de los héroes que Esquilo hubiera tratado con placer.

Carrera comparte el panorama de la *Patria Vieja* con aquel digno adversario suyo, tan eminente y tan malaventurado como él, que se llamó don Juan Mackenna y del cual el historiador Bulnes ha dicho que era «la primera cabeza militar de su tiempo». Carrera también fué una notable cabeza militar. Dos veces jefe del Estado naciente de Chile, dictador formal, en sus manos y en las de O'Higgins hubo de morir la primera República. Todos ellos la habían servido con ejemplar dedicación y la fatalidad de la caída no pudo imputárselas la historia.

Después de la catástrofe, el ostracismo. Mendoza fué para nuestro protagonista el principio de una larga serie de triunfos y desastres, de humillaciones y de gloria, de miserias y grandezas coronadas en un patíbulo. Tal el destino de aquel hombre nótable que conoció en su breve vida todas las gamas del goce y del dolor, que saboreó los halagos del sumo poder en las alturas del gobierno y las amargas congojas de la derrota, de la persecución y de la muerte. Un día se vió señor de su país, dominando en los salones de la Moneda, y otro sus miembros fueron divididos por mano del verdugo. Y en sus varias etapas manifestó soberbio desdén hacia la muerte, supremo dominio ante los sufrimientos. En el Plata tuvo actuación de primer orden. Dos veces puso sitio a la ciudad de Buenos Aires, su influjo militar y político alcanzó a tres países, y en cierto modo fué uno de los factores primordiales en la gesta del movimiento federal argentino. Todo lo cual le dá calidad de gran figura.

Junto a Carrera actúan—en el drama—varios personajes interesantísimos. El coronel Benavente, su íntimo y fiel amigo, carácter abierto, ánimo heroico, inteligencia despejada. Y dos mujeres, dos hermosas mujeres que llenan una noble tradición chilena. Doña Javiera de Carrera, su hermana, dotada de ener-

gía singular, apasionada, fuerte, estoica como una hembra castellana del siglo de oro con raigambre en las leyendas de Roma, personificación de la abnegación y de la constancia. Y doña Mercedes Fuentecillas, suave figura que pasa dejando una huella amable y melancólica. En la vida del héroe ellas aportaron el sabor romántico que aureola la jornada del mártir de Mendoza.

Los personajes episódicos han sido tomados de la realidad. Vivieron y actuaron con Carrera, como en la obra se muestra. El general Carlos María de Alvear fué su candidato a la jefatura del gobierno argentino, el capitán Manuel Pueyrredón obró como en el tercer acto se refiere y ello está sacado de sus Memorias.

En cuanto al método seguido por mí, cábeme decir que está ceñido a la más fiel observación de la historia, al punto de que buena parte de lo que pongo en boca de cada personaje fué realmente dicho por éstos. Por ejemplo el cuadro penúltimo del acto quinto—discurso y defensa de Carrera—está recortado casi íntegro de Vicuña Mackenna. Por ahí puede colegirse la escrupulosidad del autor, cuanto el considerable contenido dramático de la vida de Carrera.

En suma, una obra sobre cuyo valor artístico no soy ciertamente yo quien debe pronunciarse y cuyo valor histórico puede sí ser puesto en relieve por quien la firma, aún a riesgo de parecer inmodesto.

Las fuentes principales han sido *El Ostracismo de los Carrera* y otras obras de Vicuña Mackenna (1), la *Historia General de Chile* de Barros Arana, el *Diario Militar* de Carrera, obra que por su belleza literaria me parece digna de ser considerada como clásica; sus informes, manifiestos y panfletos, los *Escritos históricos del coronel Manuel A. Pueyrredón* (2), y la correspondencia del prócer chileno con su hermana doña Javiera y con su esposa. En término principal debo señalar como fuente máxima el ARCHIVO VICUÑA MACKENNA (volúmenes

(1) De Vicuña Mackenna: *El Ostracismo de O'Higgins; Vida del Capitán General don Bernardo O'Higgins; Doña Javiera Carrera; La contabilidad del cadalso de los Carrera en Mendoza; Historia de Santiago; Historia de Valparaíso.*

(2) Edición Justo Suárez, con Noticia Preliminar por Ramón J. Cárcano, Buenos Aires, 1929.

de Carrera), que se custodia en el Archivo Nacional de Santiago (3).

Este drama, de laboriosa gestación, como todo serio trabajo histórico o de aspiración artística pura, ha sido hecho a base de inagotable entusiasmo profesional, ya que los autores que desdeñan los alhagos o las censuras de una crítica a menudo mezquina, con limitación de espíritus medianejos y semi alfabetos, como frecuentemente puede advertirse, no ignoran que se han de topar con la indiferencia de los más y la hostilidad mal encubierta de muchos. Empero hay quiénes saben justipreciar y estimular, siendo su aplauso comprensivo el mejor galardón a que pueda aspirar un hombre de letras.

Santiago, Abril de 1933.

(3) Aún debo mencionar el libro de Ambrosio Valdés (*Carrera. Revolución Chilena y Campañas de la Independencia.* Santiago, 1888) y el de los señores William Miller Collier y Guillermo Feliú Cruz (*La primera misión de los Estados Unidos de América en Chile.* Santiago, 1925).

Don Antonio Bórquez Solar, notable poeta y escritor chileno, es autor de una obra dramática en verso que obtuvo premio único en un certamen celebrado con ocasión del centenario de la muerte del prócer. Se titula: *Tragedia del General José Miguel Carrera.* (Santiago, 1924).

Dramatis Personae

JAVIERA CARRERA
MERCEDES FUENTECILLAS
NICOLASA
ANA MARÍA COTAPOS
UNA VECINA
MUJER 1.ª
MUJER 2.ª
UNA MUJER JOVEN

JOSÉ MIGUEL CARRERA
CORONEL JOSÉ M. BENAVENTE
CAPITÁN KENNEDY
CORONEL FELIPE ALVAREZ
MANUEL RODRÍGUEZ
CAMILO HENRÍQUEZ
CAPITÁN PUEYRREDÓN
GENERAL JOSÉ M. DE ALVEAR
CAPITÁN JORDÁN
TENIENTE TOMÁS URRA
FRAY BENITO LAMAS
TOMÁS GODOY CRUZ, Gobernador de Mendoza
ORTIZ, Auditor de Guerra del Gobierno de Mendoza
GENERAL JOSÉ ALBINO GUTIÉRREZ
TENIENTE OLAZÁVAL
COROCORTO, Alcaide de la Cárcel de Mendoza
EL FISCAL CABERO
TENIENTE BARCALA
SARGENTO

UN SEÑOR
OTRO SEÑOR
UN SACERDOTE
VECINO 1.°
VECINO 2.°
UJIER
VENDEDOR 1.°
VENDEDOR 2.°

VOCALES DE LA JUNTA DE GOBIERNO
OFICIALES, SOLDADOS, INVITADOS
HOMBRES Y MUJERES DEL PUEBLO.

La escena en Santiago de Chile, Buenos Aires, La Bajada y Mendoza.

Acto Primero

LA DICTADURA DE CARRERA

CUADRO PRIMERO

Una calle de Santiago en 1812. (Telón corto). Tapias que dejan asomar los árboles de un huerto otoñal. Una vieja casona con ventana al exterior, cubierta por reja. Es plena mañana y un alegre sol del mes de Abril ilumina la escena.

ESCENA PRIMERA

(VENDEDOR 1.°, UNA VECINA, VENDEDOR 2.°)

VENDEDOR 1.°

(*Lleva al hombro varias esteras de paja, enrolladas*) ¡Esteras...! esteritas pa los estrados... ¡esteras...!

UNA VECINA

Oiga esterero, ¿a cómo las esteras?

VENDEDOR 1.°

Por ser pa su merced a veinte riales el par.

UNA VECINA

¡Jesús, María y José! ¡Qué caro... qué caro...! A ver si me las baja un poquito...

VENDEDOR 1.°

Por ser pa su merced se las dejaré a quince riales.

UNA VECINA

Tráigalas pa escoger las más grandecitas... (*Mutis ambos*)
(*Pausa. La campana de una Iglesia da lentamente la hora, con once campanadas. Pasa una beata arrebujada en su manto y seguida por un muchachito que lleva una alfombra pequeña bajo el brazo*).

VENDEDOR 2.°

¡Agüita frescaa!... ¡el aguador...! ¡agüita frescaaaa...!
(*Mutis. La voz se va extinguiendo en la distancia*)

ESCENA SEGUNDA

(UN SEÑOR, OTRO SEÑOR)

(*Aparecen caminando en sentido inverso. Visten con elegancia: traje de calzón corto, zapato con hebilla y capa de grana. Al enfrentarse, en el centro de la escena, uno y otro se quitan el sombrero en exagerada cortesía y pugnan por cederse la vereda*).

UN SEÑOR

Mi señor don Miguel, muy buenos días.

OTRO SEÑOR

Deo gratias, mi señor don Antonio, muy buenos los tenga usted. Pero hágame el obsequio de tomar la vereda.

UN SEÑOR

¡Pase usted!

OTRO SEÑOR

De ningún modo, señor. Usted la lleva.

UN SEÑOR

¡Tómela usted!

OTRO SEÑOR

Hágame el obsequio. A usted le corresponde.
(*Acaban por darse un gran topón en el momento de pasar*)

UN SEÑOR

Excuse, mi señor don Miguel.

OTRO SEÑOR

¡Qué ocurrencia, mi señor don Antonio! Usted es el que tiene que perdonar.

UN SEÑOR

¿Y la señora Jesusita?

OTRO SEÑOR

Muy bien, Deo gratias, mi señor don Antonio... ¿Y mi señora doña Quiteria cómo sigue de sus reumas?

UN SEÑOR

Alentadita la dejo.

OTRO SEÑOR

(*Bajando la voz*) Cuentan que hay grandes noticias... Corren muchos rumores por la ciudad...

UN SEÑOR

¿Y qué dice la gente?

OTRO SEÑOR

Que vá a estallar la revolución. Que hay un complot para asesinar a Carrera.

UN SEÑOR

¿A los tres hermanos?

OTRO SEÑOR

Dios nos perdone. A los tres y a toda la Junta.

UN SEÑOR

Don José Miguel se ha ensoberbecido en el poder.

OTRO SEÑOR

Dicen que lleva una vida muy disoluta.

UN SEÑOR

Los Larraínes lo acusan de tiranía...

OTRO SEÑOR

¿Cuándo estarán satisfechos los ochocientos?

UN SEÑOR

Esta noche da un gran sarao en el Palacio de La Moneda.

OTRO SEÑOR

No se habla de otro cosa en Santiago.

UN SEÑOR

¡Cómo se divierte mientras la patria peligra!

OTRO SEÑOR

Dicen que tiene queridas...

UN SEÑOR

Todas sus fiestas terminan en grandes orgías, según cuentan.

OTRO SEÑOR

Cuando gobernaba Su Majestad no ocurrían tales escándalos.

UN SEÑOR

Calle, mi señor don Antonio, que las paredes tienen oídos y andan muchos soplones sueltos...

OTRO SEÑOR

(*Persignándose*). Nos tenga en su gracia el Señor y el Malo burlado.

UN SEÑOR

Salúdeme a mi señora doña Jesusita.

OTRO SEÑOR

Y usted a mi señora doña Quiteria.

UN SEÑOR

Muy buenos días tenga usted.

OTRO SEÑOR

Muy buenos días mi señor don Antonio.

(*Continúan su camino, en sentido inverso, no sin volverse y cambiar nuevas sombreradas*).

ESCENA TERCERA

(DOÑA MERCEDES FUENTECILLAS, NICOLASA)

NICOLASA

(*Sirvienta de «razón». Abriendo la ventana, tras la reja*) Asómese su merced. La calle está despejada y no se vé ni un alma.

DOÑA MERCEDES

(*Encantadora muchacha de quince años, con el rostro orlado por largas trenzas que caen sobre su pecho. Dijérase una deliciosa miniatura de mujer, niña aún*). ¿Lo has visto tú, Nicolasa?

NICOLASA

Si que lo ví, su merced. Venían a caballo don José Miguel con su amigo el señor capitán Benavente. Muy mozos y guapos los dos.

DOÑA MERCEDES

¿Estás segura de que venían hacia acá?

NICOLASA

Así me lo pareció. ¡Qué honor nos hace el señor Presidente!

DOÑA MERCEDES

Si supieras, Nicolasa... Cuando lo veo siento arder mis mejillas y algo que se me aprieta aquí dentro... ¡aquí!... ¡Si me

amara don José Miguel...! Algo me decía que en esta mañana tan linda pasaría cerca de mí para que yo lo viese.

NICOLASA

¿Siente el galope, su merced? ¡Ahí vienen!

DOÑA MERCEDES

¡Vienen...! ¡Vienen!

NICOLASA

Oigo ruido de pasos... La Virgen nos proteja; la calle está solita...

DOÑA MERCEDES

Colócate cerca de mí, Nicolasa, pero que no te vean. (*Nicolasa desaparece de la reja*).
(*Pausa ligera*)

ESCENA CUARTA

(DOÑA MERCEDES, CARRERA, BENAVENTE)

CARRERA

(*El héroe, vestido de gran uniforme, exhibe los prestigios de su figura espléndida. Benavente, mozo y apuesto como él, comparte el brillo de su gloria juvenil*). Que nadie nos vea pasar ante su reja, José María. La calle está solitaria...

BENAVENTE

Iré a vigilar, José Miguel, pero no se detenga mucho.

CARRERA

Es un minuto breve, que el amor tiene también sus exigencias.

BENAVENTE

¡Hasta para el señor Presidente de la Junta de Gobierno...! Voy y vuelvo (*Se saludan con un ademán de sus manos y avanza Benavente hacia el extremo opuesto, no sin saludar, galante, a la dama, al pasar frente a su reja*).

CARRERA

Señorita doña Mercedes... Perdone usted la osadía de mi visita mañanera, pero el sol de este día de otoño y todos los jardines de Santiago me invitaban a rendir homenaje a la más hermosa flor que hayan producido...

DOÑA MERCEDES

Don José Miguel, ¡qué alegría siento de verlo y qué sonrojo!

CARRERA

¿También las flores se sonrojan?

(*Pausa. Ambos conversan con las caras juntas. Oyense campanadas de otra iglesia y el pregón lejano del esterero: «¡Esteras..! ¡Esteritaaas!*)

DOÑA MERCEDES

Váyase usted pronto, que podrían sorprenderlo en mi reja.

CARRERA

A ella hubiese de estar encadenado siempre, sufriendo por mi dueña...

DOÑA MERCEDES

Váyase usted, que mamá puede saberlo... ¡Váyase don José Miguel!

CARRERA

¿Irá usted esta noche al sarao?

DOÑA MERCEDES

Iré, don José Miguel. Pero adiós, váyase usted... (*Pasándole su mano a través de la reja*).

CARRERA

Si fuese rey, por esa mano suya daría todo mi reino. (*Besándola*).

DOÑA MERCEDES

¡Jesús...! (*Mutis rápido. Nicolasa cierra la ventana*).

CARRERA

(*Alejándose*) ¡Hasta pronto, mi Mercedes!

(*TELON*)

CUADRO SEGUNDO

Salón en el Palacio de La Moneda. Comunicaciones con otros salones que se verán en parte. Estrado al fondo, a todo lo largo, alto de cincuenta centímetros y cubierto por alfombra. Algunas esteras sobre el resto del suelo, enladrillado. En el estrado taburetes de nogal con conjincillos de terciopelo carmesí. En un extremo dos mesas de caoba con chapas de metal, un gran sillón al centro. Varios sofáes con asiento de damasco carmesí. En la pared seis cornucopias o espejuelos fijos, con ganchos de luz. Candeleros de plata en las mesas. Es de noche y la escena estará profusamente iluminada con lámparas de aceite y velas.

ESCENA PRIMERA

(DOÑA JAVIERA CARRERA, DOÑA ANA MARIA COTAPOS, MANUEL RODRIGUEZ, INVITADOS)

(*Al levantarse el telón se pasearán los invitados en trajes de ceremonia. Doña Javiera Carrera entra llevando sobre su frente la «diadema invertida» que usara en 1810. La acompaña doña Ana María Cotapos*).

DOÑA JAVIERA

(*Inteligente, hermosa, dominadora: una sola lineación de voluntad energética. Digna de llevar el título de gran mujer de la Patria Vieja*) ¿Has visto a José Miguel?

DOÑA ANA MARIA COTAPOS

(*Hermosa, joven, insignificante. Una bella sombra en el drama carrerino*). Lo ví en sus habitaciones hace un instante, Javiera. Lo acompañaban todos sus edecanes.

DOÑA JAVIERA

Empiezan a llenarse los salones. Habrá que pasarle recado.

MANUEL RODRIGUEZ

(*Acercándose*). Mis señoras doña Javiera y doña Ana María reciban ustedes mis homenajes.

DOÑA JAVIERA

Buenas noches, don Manuel Rodríguez.

MANUEL RODRIGUEZ

Acabo de informarme del viaje de don Luis al Sur.

DOÑA JAVIERA

Si, ha ido a reunirse con Juan José que comanda el ejército observador de la Frontera. Los de Concepción también andan con ánimos revueltos, según se nos escribe.

MANUEL RODRIGUEZ

Males transitorios de los tiempos que preceden a la libertad. Cuando hayamos suprimido el yugo español, señora, la paz reinará...

DOÑA JAVIERA

¿En Varsovia?...

MANUEL RODRIGUEZ

Nó, señora, en nuestro Chile.

DOÑA JAVIERA

Perdónenos usted don Manuel. Diviso en la otra estancia a la Condesa del Maule.

DOÑA ANA MARIA

Está con ella don Fernando de Luco y Aragón...

MANUEL RODRIGUEZ

También hay gentes de título en este sarao republicano...

DOÑA JAVIERA

También. Para atraer gentes a la causa de nuestra independencia es necesario el concurso de todos los que tengan buena voluntad. También los nobles pueden tener talento...

MANUEL RODRIGUEZ

No lo dudo, señora. Yo no acepto privilegios ni para nuestra plebe.

(*Doña Javiera y doña Ana María, con una inclinación, hacen mutis*).

ESCENA SEGUNDA

(MANUEL RODRIGUEZ, FRAY CAMILO HENRIQUEZ, INVITADOS)

CAMILO HENRIQUEZ

(*Vistiendo los clásicos hábitos de los frailes de la Buena Muerte*). Dichosos los ojos, don Manuel.

MANUEL RODRIGUEZ

¿Usted aquí, padre Camilo?

CAMILO HENRIQUEZ

¿Y por qué nó? No sólo soy hombre de Iglesia. También las artes de la política me tienen cogido en sus redes...

MANUEL RODRIGUEZ

¿Y qué se cuenta de nuevo?

CAMILO HENRIQUEZ

Malos vientos soplan... (*Bajando la voz*). Se habla de un complot contra Carrera.

MANUEL RODRIGUEZ

Lo haremos fracasar, si estalla.

CAMILO HENRIQUEZ

Corren anuncios de motines.

MANUEL RODRIGUEZ

No sería el primero que ayudasen a sofocar estas manos.

CAMILO HENRIQUEZ

Por los muchos que antes han atizado...

MANUEL RODRIGUEZ

Todo sea por Chile y por la libertad, padre Camilo. Me he impuesto una tarea y he de proseguirla hasta el fin, si no me hacen falla la vida y estas fuerzas flacas.

CAMILO HENRIQUEZ

He oído, también, de cierta expedición española que nos amenaza.

MANUEL RODRIGUEZ

Ya la sabremos recibir. Los Carrera están habituados a vencer.

CAMILO HENRIQUEZ

Y añada usted que también Manuel Rodríguez y Camilo Henríquez lo están. Cada uno combate con sus armas. Yo tengo las mías. La pluma...

MANUEL RODRIGUEZ

Y bien afilada por cierto.

CAMILO HENRIQUEZ

Acabo de escribir una composición en honor del Senado y del pueblo bonarenses. Si usted me lo permite voy a recitarle el final, cuyo tono me parece encaminado a despertar el entusiasmo de las muchedumbres.

MANUEL RODRIGUEZ

Ciertamente, padre Camilo. Dígalo usted, que para mí será gran placer escucharlo.

CAMILO HENRIQUEZ

(*Recitando*):
«Tal vuelo emprende hoy día el genio americano,
en quien su antigua pompa cobra el linaje humano.
¡Esfuerzos generosos! ¡Insólitos, divinos!
En esfuerzos tan altos los héroes argentinos
oh ¡cuánto se distinguen! ¡Y cuán gloriosamente!
Alzásteis en América la majestuosa frente,
y de vuestras provincias los grillos se rompieron.
«Sed libres», les dijísteis, y todos libres fueron.
Peleásteis y vencísteis, os cubristeis de gloria.
¡Celébre vuestros hechos la musa de la historia!...»

MANUEL RODRIGUEZ

Muy bien, padre Camilo. Veo que no se duerme la musa del editor de «La Aurora de Chile».

CAMILO HENRIQUEZ

La intención, en mis versos, supera la expresión, pero antes de poetas somos revolucionarios.

MANUEL RODRIGUEZ

Es mi sola gloria. No ambicionaría otra ante la posteridad...

CAMILO HENRIQUEZ

He aquí al capitán Benavente, amigo y consejero de José Miguel. Puede darnos noticias de interés.

ESCENA TERCERA

(DICHOS Y BENAVENTE)

BENAVENTE

(*Aproximándose a una seña de Camilo Henríquez*). Buenas noches, padre Camilo. Manuel, salud...

MANUEL RODRIGUEZ

Y fraternidad... (*Se estrechan la mano efusivamente*).

CAMILO HENRIQUEZ

Circulan rumores...

BENAVENTE

Carecen de importancia. Es la historia de siempre. La Casa Otomana siente nostalgias del poder...

MANUEL RODRIGUEZ

Hay que serenar esas peligrosas nostalgias..

CAMILO HENRIQUEZ

Se habla de la candidatura del Coronel Mackenna...

BENAVENTE

Se habla de complots y de transtornos, pero nada puede sorprendernos desprevenidos, que en esto de hacer revoluciones tenemos ya alguna experiencia... Acerquémosnos; José Miguel se aproxima.

ESCENA CUARTA

(DICHOS, UJIER, CARRERA, DOÑA JAVIERA, DOÑA ANA MARIA, DOÑA MERCEDES FUENTECILLAS, LA CONDESA DEL MAULE, INVITADOS)

(*Los invitados se agolpan hacia la izquierda*).

UN UJIER

(*Anunciando*).) ¡El señor Presidente de la Excelentísima Junta de Gobierno! ¡Los señores Vocales de la Excelentísima Junta de Gobierno y su Cuarto Militar!

(*Aparece Carrera en gran uniforme, rodeado de oficiales y de algunos civiles, con los cuales ocupa el estrado. Todos hacen la venia ceremoniosamente*).

CARRERA

Buenas noches, señores. La Junta de Gobierno tiene por alto placer el recibir a las eminentes personalidades que se han reunido esta noche para honrarla. ¡Bien venidos seais!

CAMILO HENRIQUEZ

Permítame estrecharle la mano, señor Presidente.

CARRERA

(*Descendiendo del estrado y abrazándolo*). Y los brazos. Toda mi alma pertenece a ustedes. (*A Rodríguez*). Manuel, ya tengo noticia de todos sus importantes trabajos. Es una suerte para la Junta contar con tan ilustre Secretario.

MANUEL RODRIGUEZ

Me confunde tanta gentileza. Yo no sé responder a ella porque no soy diplomático ni me quedarían bien esos galones. Soy simplemente un soldado que es leal a su patria y a sus compañeros y que ama a su pueblo por sobre todas las cosas.

CARRERA

Así, de tanto corazón, con tan heroico temple han de ser los que afiancen la libertad de Chile.

DOÑA JAVIERA

Bien por ellos, José Miguel. Creo que todas las mujeres harán gustosas lo que puedan por Chile.

CAMILO HENRIQUEZ

Y más de lo que nosotros imaginemos.

MANUEL RODRIGUEZ

Doña Javiera nos da ánimos a todos. ¡Qué gran mujer para esta patria que nace!

CARRERA

Los Carrera no hacen sino pagar su deuda... (*A doña Mercedes Fuentecillas*) Mercedes, os pediré, como un honor especial, ser vuestro caballero en la primera pavana que se baile esta noche.

DOÑA MERCEDES

Otras damas tienen mejor derecho, don José Miguel.

CARRERA

El Presidente de la Junta querría, esta noche, ser vuestro escudero. ¿Qué mayor gloria para él?

(*Se van formando diversos grupos y quedan solos, aparte, Carrera y doña Mercedes*).

DOÑA MERCEDES

Esta mañana temí que nos sorprendieran.

CARRERA

Era pecado leve mi amada amiga.

DOÑA MERCEDES

¡Tenía un sobresalto en el corazón!

CARRERA

Si en el amor se pudiese pecar, acaso nunca sería por exceso.

DOÑA MERCEDES

No están bien los excesos.

CARRERA

¡Es tan dificil pecar por exceso de amor...!

DOÑA MERCEDES

Un guerrero tiene poco tiempo de querer...

CARRERA

Los soldados, señora, aman más porque aman más a prisa y menos tiempo.

DOÑA MERCEDES

A eso no se resignan las mujeres...

CARRERA

¡Qué discreto ingenio! Cuando más os trato más os amo.

DOÑA MERCEDES

Y yo más miedo le tomo a quereros...

CARRERA

No os falta razón, señora.

DOÑA MERCEDES

¿Por qué?

CARRERA

(*Sonriendo*). Porque podéis correr peligro de quererme demasiado...

(*Se sienten murmullos. Benavente, con otros invitados, se acerca a Carrera*).

BENAVENTE

General, la concurrencia espera que deis la señal de la danza.

CARRERA

Antes he de agradecer a la Condesa del Maule y a otras damas, no menos preclaras, sus donativos y su colaboración

al gobierno chileno. ¡Honremos, señores, a cuantos contribuyan a romper cadenas y a abolir prejuicios y no olvidemos que mientras más distinguida situación social posean, mayor es su mérito! En la tarea de independizar a Chile no ha de haber clases, castas ni privilegios. (*Murmullos de aprobación*).

CONDESA DEL MAULE

Señor, he cumplido mi deber. Nada teneis que agradecerme.

UNA VOZ

Todos los chilenos os aplauden, señora.

BENAVENTE

¡Admirable gesto el de las mujeres de Chile!

MANUEL RODRIGUEZ

La patria lo recordará siempre...

CARRERA

Digno ejemplo para las mujeres de América.

CAMILO HENRIQUEZ

Las sotanas también os celebran, condesa.

MANUEL RODRIGUEZ

Y hasta los guerrilleros, señora, hasta aquellos que por ser el pueblo mismo son la sal de la tierra.

CONDESA DEL MAULE

Señor, me abruman con tanto elogio no merecido. Nosotras sólo hemos imitado a vuestra hermana.

DOÑA JAVIERA

Bien poco hemos podido hacer aun por Chile.

CARRERA

En valor y en entusiasmo las chilenas rivalizan con los hombres.

MANUEL RODRIGUEZ

¡Honor a nuestras mujeres! ¡Hurra por ellas! (*Movimiento general de aplauso. Pausa. Un oficial se acerca a Carrera y le habla algunas palabras en voz baja*).

CARRERA

Señores, debo anunciaros que en este momento ha estallado un complot revolucionario en contra mía. (*Murmullos*). Pero no os alarméis. Todas las precauciones están tomadas, ¿no es así, capitán Benavente?

BENAVENTE

Todas, general. Las tropas se hallan acuarteladas y listas a salir a la calle a una orden vuestra. En este momento los principales complotados deben haber caído en poder de la justicia.

CARRERA

(*A Benavente*). Capitán, os ruego que vayáis a informaros de nuestras medidas.

BENAVENTE

Bien, mi general. (*Mutis, atravesando por en medio de los grupos de invitados que apenas vuelven de su sorpresa*).

UNA VOZ

Hay que reprimir severamente este complot.

MANUEL RODRIGUEZ

No estaría de más un enérgico escarmiento.

DOÑA JAVIERA

Que nuestros enemigos sepan que no se puede atentar impunemente contra los Carrera, porque es atentar contra la propia patria.

CARRERA

Amigos míos, agradezco el celo que todos me demuestran. Dentro de breves minutos me reuniré con los señores Vocales de la Junta de Gobierno y os aseguro que la mano de la justicia caerá sobre los culpables fueren quienes fueren.

CAMILO HENRIQUEZ

Estoy cierto de que vuestra excelencia procederá con serena energía, pues bien sabemos que la energía sólo vale cuando es serena, cuando al imponerla nosotros a nuestros enemigos no deja de ser humana.

CARRERA

Nada temáis, padre Camilo. En verdad, ser fuertes es ser benévolos y justos.

DOÑA JAVIERA

¿Y de qué os acusan esos miserables complotados, José Miguel?

MANUEL RODRIGUEZ

Os acusan de mantener la dictadura.

CAMILO HENRIQUEZ

Os llaman despectivamente el Dictador.

CARRERA

Es verdad que sostengo la dictadura, no la mía personal, porque nunca fuí personalista, sino la de la Junta de Gobierno, que presido. La dictadura es aborrecible, sin duda, pero ¿qué hacer? La patria continúa en peligro, las invasiones extranjeras nos amenazan continuamente y mientras haya Virrey en Lima y soldados que sostengan la causa de España tendrá que haber una voluntad firme que dirija el Estado y una espada decidida que lo sostenga. Mientras haya enemigos extranjeros que combatir habrá dictadura.

UNA VOZ

Todos quieren libertad, presidente.

CARRERA

Y tienen razón en quererla. Pero no deben olvidar que mi gobierno no combate ninguna libertad personal. A nadie he perseguido, ninguna voz ha sido amordazada ni proscrita ninguna opinión. Ellos piensan a su modo y yo obro al mío, sin cerrar ojos ni oídos a los consejos que con desinterés se me den. Eso es todo.

DOÑA JAVIERA

Yo mataría a mi propio hermano si ejerciese tiranía.

CARRERA

Os aseguro que el día en que Chile esté enteramente libre nadie velará con más celo que yo por los derechos y las libertades de todos. En aras de la libertad yo sacrificaría mil vidas, si mil tuviese.

DOÑA MERCEDES

¡Tanto la amáis!

CARRERA

Tanto la amo que por defenderla he desnudado mi espada y así he de mantenerla mientras haya en mi patria quiénes la combatan.

DOÑA MERCEDES

Si por ella están todos dispuestos a morir, si tan grande influencia ejerce en el corazón de los hombres, ¿en qué consiste?, ¿qué es la libertad?

CARRERA

Libertad, señora, es sentir el alma sin peso y el cuerpo sin cadena; es correr sin trabas por el mundo; es realizar nuestro deseo cuando no se opone al derecho de los otros. Libertad es sentirse exento de persecuciones injustas, saber que la voluntad de los que mandan no sustituirá caprichosamente la nuestra. Libertad es trabajar la tierra y estrujar el pensamiento sin que manos ajenas nos quiten lo que por nuestro trabajo hemos ganado. Libertad es sentirnos plenos en la vida plena. Es sabernos señores de nosotros mismos. Libertad es amar sin limitaciones. Libertad es saturarse de juventud... Libertad es vivir...

CAMILO HENRIQUEZ

Bellas palabras...

MANUEL RODRIGUEZ

Palabras viriles y justas, general.

CARRERA

Que vuelva la serenidad al ánimo de todos. Siento los primeros acordes de la pavana. Señores, la música nos invita. Bailemos... (*Acercándose a doña Mercedes*). Voy a cobraros la deuda.

DOÑA MERCEDES

Y yo a cumplirla gustosa.

ESCENA QUINTA

(DICHOS, UN OFICIAL)

(*Se han formado las parejas de la pavana, frente al estrado, y comienzan ya a danzar cuando los interrumpe un murmullo de voces que viene de fuera y la súbita llegada de un oficial que penetra rápido y se detiene frente a Carrera*).

CARRERA

¿Qué sucede, teniente?

UN OFICIAL

Mi general, en la puerta de palacio las guardias acaban de arrestar a un hombre que pretendía entrar para asesinaros, según ha confesado. En el registro le encontraron un puñal... (*Alarma. Carrera impone sus manos en reclamo de silencio*).

CARRERA

La justicia dirá, teniente. Esto no tiene mayor importancia. Mi vida puede correr peligro pero he comprometido este baile con mi dama y mi dama vale más que mi vida... Sigamos, señores... (*El oficial se retira asombrado. Se insinúan nuevos compases y figuras de la pavana. Pausa breve*).

ESCENA SEXTA

(DICHOS, BENAVENTE)

(*Aparece el capitán Benavente y hace señas para interrumpir el baile, reavivando la alarma anterior*).

CARRERA

¿Hay otra novedad, capitán?

BENAVENTE

Sí, mi general. Se acaba de sublevar un batallón, pero con las tropas leales he podido sofocar el intento. De todos modos me parece indispensable que vayáis a inspeccionar personalmente, tomando las medidas de seguridad que sean necesarias.

CARRERA

Iré, capitán. Gracias por vuestra noble lealtad... (*A doña Mercedes*). Siento interrumpir esta danza, señora, que era la primera que bailábamos juntos, pero la República está en peligro... Si mi dama está por encima de mi vida, Chile está por encima de mi dama... Con vuestro permiso, señores... (*Saluda gentilmente con la mano y avanza seguido de Benavente*).

(*TELON*).

Acto Segundo

LA CONSPIRACION DE 1818

CUADRO UNICO

Salón colonial. Puertas a derecha e izquierda. Un brasero encendido. Sobre una consola, al fondo, habrá un Cristo entre dos candelabros. En la pared trasera, extendida, una bandera chilena de los tiempos de la Patria Vieja. Es de noche. Año de 1818.

ESCENA PRIMERA

(DOÑA JAVIERA, DOÑA MERCEDES, EL CAPITAN KENNEDY)

DOÑA JAVIERA

(*Viste de luto riguroso, igual que doña Mercedes. Ambas parecen sumidas en la fatiga de innumerables preocupaciones e insomnios*). Es terrible tener que esperar Mercedes.

DOÑA MERCEDES

¡Esperar siempre! Todas las mañanas pienso que José Miguel llegará cuando anochezca y al anochecer me viene la ilusión de que vendrá con el nuevo día.

KENNEDY

(*Viste de paisano*). Señoras mías, ejercitando la paciencia

harán ustedes más corto el correr de las horas. Pueden ustedes estar ciertas de que el general Carrera vendrá pronto.

DOÑA JAVIERA

O llegarán en su lugar nuevas prisiones. Tal vez vuelva yo a caer en la cárcel, en inmunda celda.

DOÑA MERCEDES

¡Ni lo digas, Javiera!

DOÑA JAVIERA

Si parece que todas las prisiones de Buenos Aires hubiesen sido hechas para guardar a las mujeres y a los hombres de la casa de Carrera.

DOÑA MERCEDES

¡Pobre Ana María, como la recuerdo...! ¡Tienes razón, Javiera!

DOÑA JAVIERA

Por estas cárceles, por el ostracismo o por la muerte ha pasado nuestro pobre viejo, ha pasado tu propia madre, Mercedes, han pasado todos nuestros amigos. Parece que una maldición persiguiese a cuantos se nos acercan o nos aman.

KENNEDY

No hay mal que dure cien años. Pronto las mismas prisiones han de albergar a los verdugos.

DOÑA JAVIERA

(*Bajo el peso de la evocación*). Desde el asesinato de mis hermanos un sobresalto contínuo invade mi alma. De día y de noche los siento cerca de mí, veo sus rostros cubiertos de sangre, sus ojos abiertos por el horror de la agonía, que me gritan: «¡Venganza, venganza!» y sus voces turban mi sueño y amargan

la vigilia... Hermana mía, sólo podremos vivir, sólo tendremos derecho a respirar tranquilos cuando hayamos vengado nuestra sangre.

KENNEDY

Calma, señora... Es menester que no perdamos la sangre fría.

DOÑA MERCEDES

Te suplico que te tranquilices. Mis nervios también andan desatados esta noche.

DOÑA JAVIERA

No puedo remediarlo. Juan José y Luis están anidados en mi alma como en carne viva. El dolor de sus muertes es mi tragedia y es también la tragedia de José Miguel.

DOÑA MERCEDES

¡Cuándo pasarán estos tiempos terribles!

DOÑA JAVIERA

Pasarán, hija... Mas para que pase en nosotros el dolor es necesario que ellos estén vengados...

DOÑA MERCEDES

Yo perdonaría, Javiera... ¿A qué tanta sangre, tanto odio?

DOÑA JAVIERA

Tú perdonarías. Yo nó. José Miguel tampoco.

DOÑA MERCEDES

Y sin embargo...

DOÑA JAVIERA

Tengo grabado en el corazón el manifiesto de José Miguel (*Cerrando los ojos*). A ciegas lo recitaría... ¿Recordáis el final?... «Yo secundaré vuestros esfuerzos gloriosos desde cualquiera distancia a donde me lleve el destino. La sangre de los Carrera pide venganza. ¡Venganza, compatriotas! ¡Odio eterno a los déspotas de Sud América!»

KENNEDY

Siempre tengo presente a don Juan José y a don Luis en sus últimos momentos, en la plaza de Mendoza. Bien comprendían ellos por qué y por orden de quienes los fusilaban y supieron morir como bravos ofreciendo a las balas de soldados hermanos un corazón que las balas enemigas habían respetado en cien batallas.

DOÑA JAVIERA

José Miguel es ahora nuestra sola defensa y nuestra única esperanza...

DOÑA MERCEDES

El amor y el odio lo persiguen por igual. Yo quisiera que fuese sólo mío, sólo mío y de mis hijos...

DOÑA JAVIERA

Tengo escrita aquí (*señalándose la frente*) su promesa, la promesa de su última carta: «Voy a moverme, a vengarte, a vengar y a vengarme».

(*Golpean a la puerta*).

ESCENA SEGUNDA

(DICHOS, NICOLASA; LUEGO EL CORONEL BENAVENTE)

KENNEDY

Golpean a la puerta.
(*Sobresalto de todos*).

DOÑA MERCEDES

¿Será él? El corazón me dice que vendrá esta noche.

NICOLASA

¿Abro, su merced?

KENNEDY

Si usted lo permite, señora, abriré yo. Es más prudente.

DOÑA JAVIERA

Hágame usted el favor, señor Kennedy. (*Kennedy abre una puerta a la derecha y hace breve mutis*) (*A Nicolasa*). Reanima las brasas, mujer.

NICOLASA

Bien, mi señora. (*Se pone de rodillas para reanimar el brasero. Luego hará mutis*).

KENNEDY

Es el coronel Benavente.
(*Rumor de expectación*).

DOÑA JAVIERA

¡Nuestro leal amigo! Que entre.

KENNEDY

Coronel, hágame usted el obsequio de pasar.

BENAVENTE

(*Adelantándose*). Muy buenas noches, señoras mías... ¡Traigo noticias! (*Las mujeres se ponen en pie y lo rodean anhelosas*).

DOÑA JAVIERA

Hable usted, amigo Benavente.

DOÑA MERCEDES

¿Viene José Miguel?

BENAVENTE

Viene. En poco rato más ha de estar aquí.

DOÑA MERCEDES

¡Qué imprudencia, Señor!

DOÑA JAVIERA

¿No anhelabas verlo?

DOÑA MERCEDES

Ahora temo.

KENNEDY

Arriba los corazones. Todo ha de salirnos bien.

BENAVENTE

Permítanme ustedes descansar un instante.

DOÑA JAVIERA

¿Le ofrezco un poco de cordial?

BENAVENTE

Creo que me sentaría bien, señora.
(*Doña Javiera agita una campanilla. Casi inmediatamente entra Nicolasa*).

DOÑA MERCEDES

Cuente usted.

DOÑA JAVIERA

(*A Nicolasa*). Trae cordial y algunos bizcochos.

NICOLASA

Bueno, su merced (*Mutis*).

BENAVENTE

Gracias, señora... Acabo de separarme de José Miguel en lo de Alvear.

DOÑA MERCEDES

¿Llegaron ustedes ahora mismo?

BENAVENTE

En la mañana. Nos embarcamos ayer en «El Tiburón», que es buen velero. Anochecido ya alcanzamos el barco en un bote y nadie pudo enterarse. Los espías nos creen todavía en Montevideo, gracias a cierta caída de caballo fingida por José Miguel.

DOÑA JAVIERA

¿No encontraron tropiezos al llegar a Buenos Aires?

BENAVENTE

Ninguno. El capitán del velero es amigo nuestro y nos desembarcó en sitio discreto. Fuimos inmediatamente a lo de Alvear para concertar algunos detalles importantes de nuestra conspiración federal.

DOÑA MERCEDES

¡¡Conspiración!! ¡Siempre conspiraciones y guerras!

BENAVENTE

Dejé a José Miguel en lo de Alvear a fin de que se impusiese de ciertas noticias y detallase mejor sus planes relacionados con la campaña federalista que pronto sacudirá a todo el Plata... En seguida lo tendrán ustedes aquí.

KENNEDY

¿Y cómo está el general?

BENAVENTE

El espíritu alerta y la moral excelente. Su ánimo viril ha impedido que la muerte de sus hermanos quebrase sus energías.

DOÑA JAVIERA

Acaso el mismo sentimiento que se alberga en el fondo de su alma nos mantiene a nosotras, también...

DOÑA MERCEDES

¿Quién puede leer en el fondo de las almas?

DOÑA JAVIERA

Los que aman o los que odian.

KENNEDY

¿No habrá peligro de que la policía bonarense los sorprenda a ustedes? Los soplones andan alertas.

DOÑA MERCEDES

Verdad. Si la policía viniera a casa esta noche...

BENAVENTE

No nos conocen. No creo que el gobierno sospeche nuestra llegada... Sin embargo...

(*Nicolasa penetra con el frasco de cordial y bizcochos, en una bandeja. Doña Javiera le ofrece una copita escanciada por su mano*).

DOÑA JAVIERA

Beba un sorbo, coronel. Esto reanima.

BENAVENTE

Gracias, señora. Creo que fué Cervantes quien dijo: «Nunca fuera caballero de damas tan bien servido...»

DOÑA JAVIERA

Con poca cosa podemos hacer cariño, ahora.

BENAVENTE

Como la recuerdo, señora, cuando usted reinaba en la Moneda. No olvidaré nunca aquel sarao en que puso usted sobre su frente una diadema invertida.

DOÑA JAVIERA

¡Hace tanto tiempo!

BENAVENTE

En la hermana y en la mujer de Carrera había una distinción que rara vez tuvieron las reinas españolas...

DOÑA MERCEDES

¿Volveremos a Chile algún día?

BENAVENTE

¡Volveremos! En mi bolsillo traigo los borradores de un manifiesto a los pueblos que será impreso en hora oportuna.

DOÑA JAVIERA

¿Podemos leerlo, coronel?

BENAVENTE

Si lo permiten ustedes, leeré yo mismo algunos fragmentos.

KENNEDY

Tal vez yo...

BENAVENTE

Un amigo tan leal como usted nunca está demás en ninguna confidencia.

KENNEDY

Gracias, coronel.

DOÑA JAVIERA

Oigamos... (*Ha traído un candelabro que coloca sobre una mesita, cerca de Benavente*)..

BENAVENTE

(*Leyendo*): «Los pueblos olvidan a veces los servicios de sus jefes. Quiero recordaros algo de lo que he hecho por vosotros, ya que casi toda mi vida pública os ha estado consagrada. Dos veces presidí el gobierno de Chile y cien mi espada decidió la victoria en los campos de batalla. Si la suerte nos fué adversa en Rancagua, por causas ajenas a mi voluntad, esa desgracia quedó compensada con los esfuerzos que desde entonces vengo realizando por la libertad de nuestra tierra. En 1815 partí a los Estados Unidos y allí trabajé cerca del gobierno del Presidente Madisson y de su ministro Monroe en obtener el reconocimiento de la independencia de nuestros países. Organicé una expedición naval, contraté marinos y militares distinguidos, muchos de los cuales habían servido bajo las banderas de Napoleón. El gobierno de Buenos Aires desbarató mis planes de libertad pero no consiguió abatir mi espíritu. Mil persecuciones hemos sufrido mi familia y yo. Mis dos hermanos sucumbieron en el patíbulo de Mendoza. Pero no he desmayado y mis propósitos y aspiraciones serán vuestra felicidad e independencia, la felicidad e independencia de todos los pueblos de América. Por ellos y por vosotros he de luchar toda mi vida...»

KENNEDY

¡Hombre admirable!

BENAVENTE

¡Y más admirable corazón!

DOÑA JAVIERA

Reconozco a mi hermano. Sólo su pluma podía trazar esas páginas.

DOÑA MERCEDES

¡Cuánto tarda en llegar!

DOÑA JAVIERA

Sepamos más de sus proyectos...

BENAVENTE

En cuanto a sus proyectos... (*Golpean a la puerta*)

DOÑA MERCEDES

Dios mío, están golpeando...

KENNEDY

¿Hay un santo y seña?

BENAVENTE

Sí: «Federación o muerte».

KENNEDY

Bien. Yo abriré. (*Mutis. Desde adentro*) ¿Quién va?

VOZ

(*Afuera*). ¡Abrid en nombre de la ley!
(*Todos se levantan inquietos*)

DOÑA JAVIERA

No se mueva nadie... Ya estamos acostumbrados a estas visitas... (*A Nicolasa*) Reaviva las brasas (*Nicolasa se arrodilla junto al brasero para ejecutar la orden*) (*A Benavente*). Dadme vuestros papeles. (*Los oculta rápida en su seno y, sentándose, toma una labor de costura.*).

ESCENA TERCERA

(DICHOS, UN SARGENTO Y SOLDADOS)

KENNEDY

(*Entrando, seguido del sargento y soldados*). Tenemos visitas

DOÑA JAVERA

Adelante, amigos, ¿qué se os ofrece en esta casa?

SARGENTO

(*Saludando*). Tenemos orden de registrarla, señora.

DOÑA JAVIERA

¿Buscáis a alguien, si puede saberse?

SARGENTO

Buscamos a don José Miguel Carrera.

(*Kennedy y Benavente cambian una mirada. Doña Mercedes ahoga una exclamación con su pañuelo*).

DOÑA JAVIERA

¡Graciosa ocurrencia, amigos! Mi hermano está en Montevideo, y hay el mar de por medio.

SARGENTO

Sin embargo, señora, tenemos noticias de que ha salido de Montevideo.

DOÑA JAVIERA

Informaciones equivocadas.

SARGENTO

(*A Benavente*). Y usted, señor, ¿quién es? Hágame el favor de mostrarme su salvoconducto...

BENAVENTE

En la posada del Molino, donde me hospedo, encontrará usted mis documentos y permisos. Soy Mortimer, comerciante en paños... Pero aquí tiene algunas cartas que pueden mostrarle mi personalidad... (*Le pasa dos sobres*).

SARGENTO

(*Echándoles una ojeada*). En efecto, están dirigidos al señor Mortimer... Enviaré mañana a la posada del Molino... (*Le devuelve los sobres*).

BENAVENTE

¿Conoce usted al general Carrera?

SARGENTO

No se nos escapará si logramos sorprenderlo...

DOÑA JAVIERA

Está bien. Registren esta casa, abran todos los muebles... Aquí están mis llaves... (*Ofreciéndolas*).

SARGENTO

No es necesario, señora. Basta con registrar las habitaciones.

DOÑA JAVIERA

Pues, pasad...

(*El sargento deja un soldado de centinela y penetra seguido de otro. Pausa. Todos se miran en silencio.*)

UNA VOZ

(*Afuera*) ¡Las nueve han dado y sereno....! (*Más lejano*) ¡Las nueve han dado y serenoo!

(*El sargento pasa a las otras habitaciones, atravesando la escena. Nueva pausa, más breve*).

SARGENTO

(*Entrando*). Ha terminado el registro.

DOÑA JAVIERA

Espero que no se ha de repetir... (*El sargento saluda y sale, seguido de los soldados*).

NICOLASA

¡Ave María purísima, como se le corta a una hasta el habla... ¡El Señor nos tenga en su santa protección!

(*Todos se acercan a doña Javiera*)

DOÑA JAVIERA

¡Así sea!...

NICOLASA

El Malo anda metido en el cuerpo de esos hombres... Voy a rezar a Nuestra Señora del Socorro.

DOÑA JAVIERA

Reza, reza mucho Nicolasa, que harto lo necesitamos. (*Nicolasa hace mutis, persignándose devota*).

ESCENA CUARTA

(DOÑA JAVIERA, DOÑA MERCEDES, KENNEDY Y BENAVENTE)

BENAVENTE

Si el general hubiese estado aquí...

DOÑA MERCEDES

No quiero imaginármelo. Han sido momentos de angustia, pensando que entraba a cada instante...

DOÑA JAVIERA

Hemos escapado de un peligro, de uno de tantos peligros como nos acechan en todo momento.

DOÑA MERCEDES

¡Dios sea con nosotros!

KENNEDY

¿No volverá esa gente?

BENAVENTE

¡Quién sabe! Tal vez sospechen que hemos salido de Montevideo y redoblan la vigilancia.

DOÑA JAVIERA

Estoy en ascuas por José Miguel...

BENAVENTE

Existe peligro serio de que el general pueda caer en manos de los soldados de Pueyrredón.

KENNEDY

Convendría que explorásemos el campo, procurando advertirle del peligro que corre.

DOÑA MERCEDES

Sí, yo se los suplico a ustedes.

DOÑA JAVIERA

Hay que evitar a toda costa que José Miguel sea apresado. Se destruirían nuestras mejores esperanzas...

DOÑA MERCEDES

Correría peligro su vida... ¡Ni quiero pensarlo, Dios mío!

BENAVENTE

Tranquilícense ustedes... Nosotros procuraremos evitar todo riesgo.

KENNEDY

Creo que con un poco de prudencia...

BENAVENTE

Y otro poco de astucia...

DOÑA JAVIERA

Sí; vayan ustedes, amigos míos.

BENAVENTE

(*Requiriendo sus arreos, imitado por Kennedy*). En un rato más estaremos de regreso, con el general... si no hay peligro para él... Hasta la vista.

DOÑA JAVIERA

Vayan con Dios.

DOÑA MERCEDES

¡Qué la Providencia nos acompañe!

BENAVENTE

Nos acompañará, señora. (*Mutis*).

KENNEDY

¡Nos acompañará! (*Mutis, siguiendo a Benavente*).

ESCENA QUINTA

(DOÑA JAVIERA, DOÑA MERCEDES)

(*Pausa. Doña Mercedes llora. Doña Javiera medita*).

DOÑA JAVIERA

Calma, Mercedes... Nada ocurrirá hoy en contra nuestra, y mañana todo ocurrirá en nuestro favor.

DOÑA MERCEDES

¡Dios te oiga! Tengo un miedo...

DOÑA JAVIERA

¿Miedo a qué? Lo peor ha pasado ya para nosotros...

DOÑA MERCEDES

No sé... ¡Si él volviera... si pudiese verlo una vez más...!

DOÑA JAVIERA

Lo verás, mujer... Pero calma esos nervios y reposa un poco... Voy a ver a los niños, que bastante los hemos olvidado esta noche...

DOÑA MERCEDES

No tengo fuerzas para nada...

DOÑA JAVIERA

Reposa. Yo velaré un rato el sueño de los chicos... También ellos necesitan de nosotras.

DOÑA MERCEDES

(*Agradecida*) Sí, Javiera... Llámame si alguno despierta...

DOÑA JAVIERA

Lo haré, no te preocupes... ¡Esta vida nuestra! (*Mutis*).

(*Nueva pausa. Doña Mercedes va a arrodillarse a los pies del Cristo y comienza a orar*).

E S C E N A S E X T A

(DOÑA MERCEDES, CARRERA)

DOÑA MERCEDES

(*Orando*) Dios te salve María... llena eres de gracia... ¡No nos olvides, Señor, no nos olvides...! El Señor es contigo y bendita eres entre todas las mujeres... ¡Sálvamelo, sálvamelo de todo peligro, Señor..! Y bendito sea el fruto de tu vientre... Jesús...

(*Carrera ha entrado por la derecha, durante el parlamento anterior, y desde el umbral contemplará a su mujer en oración... Arrojará capa y sombrero sobre una silla y avanzará hacia ella, poniendole sus manos en los hombros.*)

DOÑA MERCEDES

(*Sorprendida, plena de goce incontenible*) ¡José Miguel!... ¿Eres tú?... ¿Tú, mi José Miguel?... (*Alzándose, ayudada por él*).

CARRERA

(*Abrazándola largamente*). Yo, mi Mercedes... Yo en cuerpo y alma.

DOÑA MERCEDES

¡José Miguel!

CARRERA

¡Mi negra adorada!

DOÑA MERCEDES

¡José Miguel!

CARRERA

He atravesado el charco para verte... Con igual ansia hubiera atravesado el mundo entero.

DOÑA MERCEDES

No vuelvo de mi alegría y de mi asombro...¡Estas intacto, estás más guapo...!

CARRERA

Y tú más linda que nunca...

DOÑA MERCEDES

Sufriendo de tu ausencia... Temiendo a cada instante por tí, por tu vida que es mi vida...

CARRERA

Dime, negra, nuestras chiquitas están bien, ¿verdad?... ¿Tan bien como tú?

DOÑA MERCEDES

Buenas, mi Pepe... Javierita ha estado un poco enferma, pero ya se repone...

CARRERA

Ardo en deseos de verlas...

DOÑA MERCEDES

Ya vamos a su dormitorio, pero antes déjame comtemplarte a la luz, déjame verte bien después de tantos meses de ausencia...

CARRERA

Y de tanto dolor...

DOÑA MERCEDES

Tenía hambre de tu cariño.

CARRERA

Y en estos eternos días de mi ostracismo en Montevideo, yo penaba por estrecharte contra mi corazón...

DOÑA MERCEDES

¡Mi José Miguel!

CARRERA

Por sentirte mía, nada más que mía, toda mía...

DOÑA MERCEDES

¡Al fin estamos juntos...!

CARRERA

Luego lo estaremos por siempre.

DOÑA MERCEDES

Vamos a ver a las chicas, pero no hagas ruido... Tienes que prometerme que no las besarás, para que no se despierten...

CARRERA

¿Están con Javiera?

DOÑA MERCEDES

Sí, con Javiera...

CARRERA

Pobre hermana mía... ¡Cómo sufrirá en esta primera entrevista conmigo, después del asesinato de nuestros hermanos!

DOÑA MERCEDES

No pienses en nada triste... Ven, negro... (*guiándolo hacia otra puerta, derecha*)

CARRERA

Tu cariño me dará fuerzas para olvidar y para esperar... (*Mutis ambos. Casi inmediatamente se sienten exclamaciones, en el interior*)

ESCENA SEPTIMA

(CARRERA, DOÑA JAVIERA, DOÑA MERCEDES)

DOÑA JAVIERA

(*Adentro*) ¡José Miguel!

CARRERA

(*Id.*) ¡Mi Javiera!...

DOÑA JAVIERA

(*Id.*) ¿Estás sano? ¿Estás bien?... ¿Cómo has podido burlar la vigilancia de nuestros enemigos? ¿Has visto a Benavente y a Kennedy?

DOÑA MERCEDES

(*Id.*) Salieron a prevenirte del peligro que corrías.

CARRERA

(*Id.*) Encontré a Kennedy en la calle angosta, y me informó... Había varios soldados que rondaban, pero guiado por él y a favor de la oscuridad pude acercarme a esta casa, salté la tapia del jardín y aquí me tienen...

DOÑA JAVIERA

(*Id.*) Ven a ver a tus chicas, pero procura no despertarlas.

DOÑA MERCEDES

(*Id.*) ¡Chit..! Andemos en la punta de los pies... En la otra pieza cruje la madera de la puerta... ¡Ten cuidado...!

CARRERA

Caminaré con pasos de lobo...
(*Pausa*).

UNA VOZ

(*Afuera*). ¡Las diez han dado y serenoo!... (*Más lejano*) ¡Las diez han dado y serenoo!

(*Pausa. Entra Carrera, seguido de doña Javiera y de doña Mercedes*).

CARRERA

Cuanto dolor, hermana mía, hay en esta primera entrevista. Pero tú estás bien, a pesar de todo...

DOÑA JAVIERA

He envejecido.

DOÑA MERCEDES

Y yo...

CARRERA

Están hermosas y jóvenes...

DOÑA JAVIERA

¡Estamos felices de poder abrazarte!

CARRERA

No sabéis que bien me siento entre vosotras... ¡Los desterrados y los perseguidos tienen tan pocas oportunidades de gozar la vida de familia!

DOÑA JAVIERA

Siéntate, José Miguel. Debes estar muy cansado.

CARRERA

Yo no tengo tiempo de cansarme. Hace muchos años que olvidé el significado de esa palabra.

DOÑA MERCEDES

¿Te doy un poco de cordial? (*Carrera asiente y ella le sirve una copa*).

CARRERA

Gracias, mi Mercedes. Aquí siento calor, calor en el cuerpo y en el alma. ¡Qué falta me hacía!

DOÑA JAVIERA

¿Vienes de lo de Alvear?

CARRERA

Sí. Dejé allí el último número de «El Hurón» para que lo distribuyan. Trae la defensa de Carlos María de Alvear, mi colega argentino, a quien pronto quiero ver en el sillón del gobierno... ¡Ah, pero que terrible pesadumbre en nosotros y en nuestra vida!

DOÑA JAVIERA

(*Sin poder contener las lágrimas más tiempo*). ¡Mis pobres hermanos!

CARRERA

¡Nuestros hermanos! No sabéis vosotros todo lo que yo he sufrido; porque las cartas son impotentes para expresar la verdad de un gran dolor. Durante estos meses casi no he vivido.

DOÑA JAVIERA

No hemos vivido, José Miguel...

CARRERA

Me faltarían palabras o me sobrarían gritos de odio para

hablar de nuestros perseguidores, de los verdugos de nuestra familia.

DOÑA MERCEDES

Aprendamos a perdonar, José Miguel.

DOÑA JAVIERA

Calla, mujer. El dice nuestra verdad.

CARRERA

¡Y qué verdad! ¡Cómo quema esta verdad nuestra!

DOÑA JAVIERA

¡Fuego habría de ser que devorase a nuestros enemigos!

CARRERA

No conozco un crimen más odioso que el asesinato de Juan José y de Luis de Carrera. ¡Nunca golpe alguno pudo sorprender más a un hombre! Dejadme recordar, que recordar hace bien... A fines de Abril un bergantín ancló en Montevideo trayendo la noticia de la batalla de Maipo. No cupo en mí la alegría. Mi corazón desbordó pleno de todo entusiasmo. Corrí por las calles como un loco, llevando en las manos el boletín de la victoria. Entré a una casa amiga. Era la hora de la cena y todos estaban sentados a la mesa. Uno a uno les mostré el parte firmado por San Martín, gritándoles con toda mi alma: «¡Besen al nombre del Libertador de la América!».

DOÑA JAVIERA

¡¡Ah!!

CARRERA

Todos nos abrazamos, y yo, ebrio de felicidad, corrí a mi habitación. Los transeuntes que topaba en las calles debieron creerme loco... Yo esperaba la libertad de mis hermanos...

DOÑA JAVIERA

También nosotros creímos que la victoria de Maipo les abriría las puertas de la prisión.

CARRERA

Al día siguió la noche. A la alegría el dolor más intenso. En mi habitación recibí una carta, una carta de Kennedy que me anunciaba el fusilamiento de Juan José y de Luis...

DOÑA JAVIERA

Yo caí a la cama y los que me rodeaban no creyeron que pudiese sobrevivir.

CARRERA

Fué tal mi estupor que el papel cayó de mis manos y se trabó mi lengua. Tardé en volver en mí, en comprender toda la infamia del crimen cometido, toda la crueldad del dolor que caía sobre nosotros...

DOÑA MERCEDES

No te atormentes, José Miguel. Te lo suplico.

CARRERA

Y un sentimiento de odio, una infinita sed de venganza invadieron mi ser. «¡Véngate, castiga, destruye!» gritaban mil voces confusas. «¡Qué tus ojos no se cierren un segundo, que tu mano no se desempuñe, que tu espada no se envaine mientras viva uno solo de tus enemigos!».

DOÑA JAVIERA

¡Así sea, hermano!

DOÑA MERCEDES

No sabes cuánto me aflige tu exaltación, José Miguel...

BENAVENTE

Calma y paz necesitamos.

KENNEDY

Buen consejo...

CARRERA

(*Sereno*). Ya la tenemos. El tiempo trae reflexión y la reflexión es calma. A los deseos de venganza han sucedido sentimientos más altos. Ahora lo que más me preocupa es la idea de libertar a Chile de todo influjo extraño, de volver a mi tierra y poner mi espada y mi vida a su servicio, esta vida y esta espada que nunca dejaron de pertenecerle.

BENAVENTE

Hemos concebido un gran proyecto.

DOÑA JAVIERA

¡Veamos ese gran proyecto.

BENAVENTE

El general lo expondrá.

CARRERA

Será la llave de nuestro triunfo en Chile...

DOÑA JAVIERA

Pero, sepamos...

CARRERA

Menos impaciencia y más atención, señora. Ya sabéis que editamos en Montevideo un periódico, «El Hurón», a más de numerosos folletos y proclamas en cuya labor tan pronto ha-

cemos de literatos como de obreros tipógrafos e impresores. Pues es el caso de que gracias, en buena parte, a nuestros esfuerzos políticos y periodísticos, comienza a desencadenarse en todas las provincias del Plata una formidable campaña federalista. Es la guerra civil que nace al grito de «Federación o muerte» escapado de nuestros labios.

DOÑA JAVIERA

La guerra civil... ¡Comprendo...!

CARRERA

Sí, la guerra civil. Los pueblos están cansados de la tiranía de Buenos Aires y de su intransigente centralismo. Desde Salta a las llanuras de la Rioja los hombres toman las armas y se disponen a alistarse bajo nuestras banderas libertadoras...

DOÑA JAVIERA

Pero...

CARRERA

Estoy trabajándome al general Ramírez, lugarteniente de Artigas, y al gobernador de Santa Fé, don Estanislao López. Con el auxilio de ellos no sería difícil llevar a Alvear al puesto de gobernador de Buenos Aires...

DOÑA JAVIERA

Comprendo, José Miguel...

CARRERA

Alvear nos proporcionará hombres, armas, dinero, y nuevamente los sodados chilenos y argentinos, unidos, pasarán los Andes para establecer la libertad civil en nuestro Chile. Mi plan ha de permitirme servir así las libertades y los intereses de dos pueblos...

DOÑA JAVIERA

¡Magnífico plan, en verdad!

CARRERA

Si la Providencia nos libra de tantos peligros y de las manos de los bárbaros ¿por qué no sería para dejarnos satisfacer la ambición de salvar a Chile? Cuando tengamos la fortuna de pisar su suelo será de modo que no lo volvamos a abandonar. Allí procuraremos reunir, si es posible, cuanto hay de bueno en el mundo.

DOÑA MERCEDES

¡Nuevas guerras...!

DOÑA JAVIERA

José Miguel, ¿tiene ese plan probabilidades de triunfo cercano?

CARRERA

Cuento con el esfuerzo y la lealtad de mis amigos para realizarlo. Benavente se quedará en Buenos Aires a fin de preparar el terreno y servir de nexo entre los diversos elementos revolucionarios, y yo, después de haberme puesto de acuerdo con Alvear en la entrevista que hemos celebrado hoy, regresaré a Montevideo a fin de buscar nuevos elementos en tanto suena la hora oportuna.

DOÑA MERCEDES

¡Nuevas guerras, nuevas separaciones, Dios mío!

CARRERA

Los sobresaltos de hoy asegurarán la tranquilidad de mañana, amiga mía.

DOÑA MERCEDES

¿Te quedarás algunos días con nosotros?

CARRERA

No es posible, Mercedes. Aquí correría, a cada instante, el peligro de ser descubierto y de que fracasase nuestro plan.

DOÑA MERCEDES

¡Nunca hemos de estar juntos, José Miguel!

CARRERA

Así lo quiere nuestro destino, por ahora...

DOÑA MERCEDES

¡Cuántos años dura ese ahora!

DOÑA JAVIERA

Hay que saber resignarse, hermana, y sobre todo hay que saber esperar.

DOÑA MERCEDES

Yo diría: hay que saber perdonar.

DOÑA JAVIERA

Nunca. Esa palabra no puede tener sentido para nosotros mientras la sangre de los Carrera no esté vengada.

CARRERA

No es esa razón solamente la que impulsa nuestra vida, Mercedes. Chile necesita de mis servicios y yo no puedo negárselos. Alguna vez te dije que mi amor estaba antes que mi vida pero que nuestra tierra estaba antes que el amor...

DOÑA MERCEDES

Razonamiento bueno para quien no sabe amar.

CARRERA

Es cargo injusto, Mercedes. ¿Quién te hubiera amado más tiernamente que yo?

DOÑA JAVIERA

No es esta la hora del amor, Mercedes. Es la hora del deber.

DOÑA MERCEDES

Para mí siempre será la hora del amor...

DOÑA JAVIERA

La pasión y el dolor te extravían...

DOÑA MERCEDES

Y si mataran a José Miguel, ¿quién me lo devolvería?

DOÑA JAVIERA

Si José Miguel cae ha de ser con honor y gloria, como caen los héroes, como cayeron nuestros hermanos...

DOÑA MERCEDES

Y yo pregunto: ¿quién me lo devolvería?

CARRERA

Inútil discusión, amigas mías. Volvamos a la realidad.

DOÑA JAVIERA

Si él cae, con él hemos de caer todos. ¡Yo también!

CARRERA

Tengo fe en el triunfo. Algo me anuncia que hemos de cosechar tanta gloria como ningún otro guerrero americano. ¡Venceremos, Javiera. Venceremos, Mercedes! No pongáis caras tristes. La diosa de la guerra tiene cara serena.

DOÑA MERCEDES

Porque no vé caer a los que ama.

CARRERA

Los que amamos no mueren ni caen. Viven en nosotros.

ESCENA SEPTIMA

(DICHOS, BENAVENTE, KENNEDY)

(*Benavente y Kennedy penetran por donde salieron*).

BENAVENTE

Salud, general...

CARRERA

Salud compañero... Salud capitán Kennedy.

KENNEDY

Siempre dispuesto general...

BENAVENTE

La casa está cercada por soldados.

KENNEDY

Y toda la manzana.

BENAVENTE

Afortunadamente la noche está oscura como boca de lobo.

DOÑA MERCEDES

¡Estamos perdidos! Habrá nuevo registro...

CARRERA

Ya encontraremos medio de escapar, Mercedes. No es cosa de ahogarse en poca agua.

DOÑA MERCEDES

¿Te parece poca ésta que nos rodea?

DOÑA JAVIERA

La Providencia proveerá...

DOÑA MERCEDES

Estoy que no puedo más... El corazón se me salta...

BENAVENTE

No hay por qué alarmarse, señora. Probablemente no vendrá nadie.

KENNEDY

Probablemente... (*Golpean a la puerta*)

UNA VOZ

(*Fuera*) ¡Abrid en nombre de la Ley!

DOÑA MERCEDES

¡Estamos perdidos!... No quiero pensar...

DOÑA JAVIERA

¿Qué hacer, Dios mío? (*Todos parecen desconcertados. Doña Mercedes se deja caer sobre una silla y ahí permanecerá hasta el fin de la escena. Pausa. Todos hablan a un tiempo*).

UNA VOZ

(*Fuera*). ¡Abrid en nombre de la Ley!

BENAVENTE

(*Alzando la voz*). Ya van...

DOÑA JAVIERA

(*A Carrera*). Debes encerrarte en ese cuarto. Cuida de poner picaporte a las puertas de comunicación.

CARRERA

Bien, pero tranquilícense ustedes. De peores circunstancias hemos salido con bien.

(*Mutis primera puerta, extrema izquierda, llevando sombrero y capa en el brazo*).

(*Benavente, a una seña de doña Javiera, hace mutis. Pausa*).

ESCENA OCTAVA

(DOÑA MERCEDES, DOÑA JAVIERA, BENAVENTE, KENNEDY, SARGENTO Y SOLDADOS. DESPUES CARRERA Y NICOLASA).

DOÑA JAVIERA

¿Qué queréis nuevamente?

SARGENTO

(*Entra seguido de Benavente*) Buscamos al general Carrera.

DOÑA JAVIERA

No está aquí. Ya lo vísteis en el registro anterior.

SARGENTO

Hemos recibido nuevas instrucciones. Hemos visto, también, entrar a un hombre envuelto en una capa.

DOÑA JAVIERA

Habrá sido el señor Mortimer... (*Señalando a Benavente*).

SARGENTO

No, señora... Debo practicar un nuevo registro y si el general Carrera no está aquí, nada tienen ustedes que temer.

BENAVENTE

Es una molestia inútil.

DOÑA JAVIERA

Un atropello más...

SARGENTO

Excúseme, señora. Mandado vengo... Ustedes perdonarán... Comenzaremos por esa habitación. (*Señalando aquélla a la cual entró Carrera y ante cuya puerta estará doña Javiera en pie*).

DOÑA JAVIERA

No hay nadie en esta casa, repito. Es inútil registrar.

SARGENTO

Eso lo veremos nosotros... (*Haciendo seña a uno de los soldados*). Permítame pasar, señora.

DOÑA JAVIERA

(*Abriendo los brazos*). Nó, jamás. Aquí sólo penetrarán pasando por sobre mi cuerpo.

SARGENTO

Si no es de grado será por fuerza. (*Quiere apartar a doña Javiera, tomándola de un brazo. Benavente y Kennedy pretenden impedírselo pero uno de los soldados les apunta su fusil, manteniéndolos aparte. Simultáneamente entrará Nicolasa, quien permanecerá junto a la primera puerta, derecha, muda, como enclavada en el suelo por el miedo*).

BENAVENTE

¡Infame atropello!

SARGENTO

Paso, señora...

CARRERA

(*Que habrá penetrado por la segunda puerta de la izquierda con la capa puesta y el sombrero de copa en la mano, sin ser advertido por los soldados*). ¿Qué ocurre aquí, sargento? No sabía yo que los oficiales de ejército tuviesen licencia para poner su mano sobre una mujer...

SARGENTO

¿Y usted quién es? ¿Qué hace aquí?

(*Doña Mercedes ahoga un grito. Doña Javiera disimula su sorpresa. Nicolasa lleva las manos a la cara, aterrada*)

CARRERA

¿Quién soy? El nuevo Gobernador de Santa Fé. ¿Qué hago aquí? Cumplir una misión encomendada por el Director Supremo. Busco a Carrera...

SARGENTO

(*Estupefacto*). Pero... ¿Cómo ha entrado usted?

CARRERA

Por la puerta...

SARGENTO

Pero...

CARRERA

Aquí está la orden del Supremo Director... (*Mostrando un papel*). ¿Duda usted todavía?

SARGENTO

Nó, señor Gobernador, pero...

CARRERA

(*A doña Javiera*). Perdonad, señora. Estos ciudadanos tienen orden de buscar al general Carrera en vuestra casa y no hay más remedio que permitir la pesquisa. ¿Sería mucha molestia que os pidiese vuestras llaves? (*Doña Javiera se las pasa*). Puede que adentro tengamos alguna sorpresa. (*Al sargento*). Adelante, amigo (*Penetra seguido del sargento. Nicolasa se retira a una seña de doña Javiera*).

DOÑA JAVIERA

Bien saben que el general Carrera no está aquí.

CARRERA

(*Dentro*). Busquemos detrás de esa cómoda... Nada... Puede ser que esté en aquel aparador... Nada, tampoco. Este Carrera es el mismo demonio. Imposible encontrarlo... ¡Ah...! Aquí hay un paquete de cartas... Seguramente por esto os cerraban el paso, sargento.

SARGENTO

(*Id*). Voy a llevármelas ahora mismo.

CARRERA

(*Id*). Yo las examinaré con detención, para entregarlas personalmente al Supremo Director. Tal es su voluntad, sargento.

SARGENTO

(*Id*) Será acatada, señor.

CARRERA

(*Saliendo, seguido del sargento*). No está aquí. (*A doña Javiera*). No me explico señora vuestra negativa en dejar registrar esa habitación.

DOÑA JAVIERA

Era el segundo registro... ¡un nuevo atropello!

CARRERA

Palabras, señora. Los soldados deben cumplir las órdenes que reciben, sin discutirlas... (*Al sargento*). Estoy informado de que en la casa azul, que hay detrás del Cabildo, es muy probable que se encuentre Carrera. Os aconsejo ir allí y hacer rodear aquella manzana con los soldados y espiones que tenéis aquí. Yo iré, después de practicar un registro más minucioso en la correspondencia de esta señora (*volviéndose a doña Javiera*) si ella me lo permite, como espero...

SARGENTO

Bien, señor Gobernador. Seguiré sus indicaciones.

CARRERA

Estoy satisfecho de vuestra conducta, sargento. Ya le hablaré de ella a Pueyrredón...

SARGENTO

Gracias, señor Gobernador...

CARRERA

Mis felicitaciones, sargento. Buenas noches. (*El sargento y los soldados saludan militarmente. Antes de salir saluda una vez más, junto a la puerta*).

(*Pausa ligera. Se siente ruido de voces que se alejan*).

ESCENA NOVENA

(DICHOS, MENOS SARGENTO Y SOLDADOS)

CARRERA

(*A doña Javiera y doña Mercedes*). Me voy... No hay que perder un minuto... (*Doña Mercedes se abraza a él, en tanto doña Javiera trata de apartarlos*).

DOÑA MERCEDES

¡Nunca...! ¡No te irás!

DOÑA JAVIERA

Deja, mujer... ¡Es preciso...!

CARRERA

(*A Benavente*) Acompáñeme, coronel... (*A Kennedy*). Quédese usted con mi familia, se lo ruego...

KENNEDY

Bien, mi general.

CARRERA

(*Se desprende con un beso de doña Mercedes, que llora, y apreta la mano de doña Javiera, quien contiene su emoción a duras penas*) (*Desde la puerta*). ¡Cuento con todos ustedes... Pronto estaré de regreso... ¡Ahora a trabajar y a triunfar! (*Mutis*).

(*TELON*).

Acto Tercero

EL SITIO DE BUENOS AIRES

CUADRO UNICO

Campamento de Carrera cerca de Buenos Aires. Tiendas de campaña a la entrada de un bosque. A la izquierda, abierta al público, la tienda del general en jefe. Cama de campaña, una mesa plegadiza, libros, planos, armas. Es en la tarde del 1.º de Julio de 1820.

ESCENA PRIMERA

(CARRERA, BENAVENTE, OFICIALES, SOLDADOS)

(*Al levantarse el telón un grupo de soldados, sentados en el suelo, estarán jugando a las cartas en medio de juramentos e interjecciones. Pasan continuamente oficiales y soldados. Algunos arrastrarán una cureña, dejándola en un extremo, al fondo. De tarde en vez, durante todo el acto, se sentirán estampidos y ruido de tiroteo lejano. En la tienda, Carrera y Benavente conversan*).

CARRERA

(*Viste chaqueta de paño verde, ceñida a la cintura; chaleco color paja, abotonado hasta el cuello; manta blanca con orla bordada, pantalón ceñido y bota de cuero figurada*). Reñida ha sido la batalla de La Cañada de la Cruz. Nunca mis tropas derrotaron en forma más completa al enemigo. Creo que la

fecha del 28 de Junio puede señalarse como una de las más importantes en la historia de la revolución federal argentina.

BENAVENTE

Es una deuda más de los pueblos del Plata hacia el gran caudillo de su federación. En verdad la batalla de la Cañada ha sido de las más duras en que he tomado parte.

CARRERA

Novecientos de nuestros bravos derrotaron a cerca de tres mil unitarios. El empuje de su espada, coronel, fué sin duda un factor decisivo para nuestra victoria.

BENAVENTE

Hice lo que debía. Nada más.

CARRERA

¡Lástima grande es que estemos combatiendo entre hermanos! Argentinos contra argentinos y mis chilenos en el medio.

BENAVENTE

Nuestro fin lo justifica todo.

CARRERA

Ningún esfuerzo puede excusarse cuando se trata de la felicidad de estos pueblos.

BENAVENTE

Esa intención nos da fuerzas siempre renovadas.

CARRERA

Creo que las obras cuando se empiezan es menester concluirlas; los hombres a quienes la Providencia ha dotado de un alma grande deben ser superiores a todo.

BENAVENTE

Por suerte ya parece cercana la felicidad de nuestros pueblos y la nuestra. Tomaremos Buenos Aires, imponiendo un Gobernador que posea nombre ilustre y haya realizado acciones brillantes.

CARRERA

Mi plan tendrá éxito. Esta misma tarde la Junta Electoral, que hemos convocado, designará solemnemente al General Alvear como Gobernador de Buenos Aires.

BENAVENTE

Esperemos que pueda ayudarnos en forma eficaz a preparar nuestra expedición a Chile.

CARRERA

A veces los sueños se realizan y los proyectos más audaces triunfan. ¿Recordáis nuestros trabajos y reuniones en casa de Javiera, en Buenos Aires, hace ya dos años?

BENAVENTE

Recordándolos pienso que cuando la audacia acompaña a la justicia ésta no puede dejar de triunfar.

CARRERA

Antes de que termine este año de 1820 mis tercios atravesarán las calles de Santiago y así habrán paseado nuestras banderas por dos grandes capitales. Será llegada la hora de la venganza y de la justicia. Siempre fué el pueblo el juguete de los poderosos: su nombre se toma y se profana, pero yo haré, castigando a quienes lo privaron de su libertad civil, un supremo escarmiento de ambiciosos.

BENAVENTE

En Santiago hemos de ahorcar a cuatro bribones.

CARRERA

Lástima que el mayor de todos no tenga mil pescuezos para medio pagar.

BENAVENTE

A la postre seremos más benévolos de lo que pueda imaginarse.

CARRERA

El alma suele ser flaca. Desde el asesinato de mis hermanos una enorme sed de venganza sacudió todo mi ser; día y noche pensaba en el modo de satisfacerla y ese pensamiento llegó a convertirse en terrible obsesión. Y salí a campaña y he librado cien combates...

BENAVENTE

Es inútil pensar en eso, general. Para las almas nobles nunca llega la hora de la crueldad.

CARRERA

Verdad es que el dolor hace piadosos a los hombres.

BENAVENTE

La victoria los hace magnánimos. Y para nosotros la victoria definitiva se aproxima.

CARRERA

¡Cuánto hemos trabajado por obtenerla! Desde que salí de Chile mi vida ha sido constante trajín, el dolor ha golpeado mis espaldas y la pobreza y las persecuciones han sido mis inseparables compañeras. Pero mi consuelo es saber que tantos sacrificios no han sido estériles y pudieron ser útiles a la gran causa de Sud América.

BENAVENTE

Pocos la han servido con tanta lealtad.

CARRERA

En Estados Unidos trabajé el ánimo de los grandes políticos para obtener protección más decidida en beneficio de la independencia de todos nuestros pueblos. En ese viaje y en la expedición que me acompañó, y que la perfidia de Pueyrredón desbarató en Buenos Aires, gasté cuanto poseía.

BENAVENTE

¡Todo sea por Chile, general!

CARRERA

De modo constante pienso en él. Casi es una obsesión. Destinado está Chile para constituir uno de los grandes estados de la Confederación del Sud, en que debe partirse la vasta extensión del continente. Su posición física y geográfica, su situación política y moral, su riqueza, su industria, su numerosa población así lo aseguran.

BENAVENTE

Podemos mirar con confianza el porvenir.

CARRERA

Hemos de darle una constitución profundamente democrática, que haga posible la realización de nuestros ideales de igualdad y de fraternidad.

BENAVENTE

Una nueva justicia reinará un día sobre la tierra. Mi alma presiente la grandeza de todos los pueblos unidos por fin en una sola nación, sin que puedan separarlos ni odios ni

rivalidades. Los hombres serán libres, no habrá privilegiados, y la riqueza será distribuída entre todos, como las cargas. El goce de la vida comprenderá a todo el mundo y ya no habrá pobres ni desheredados ni perseguidos.

CARRERA

Tardará aún en generalizarse ese ideal tan noble. Yo también creo que algún día sonará en los relojes del mundo esa hora de las supremas justicias, pero entre tanto nuestras espadas han de permanecer prontas y vigilantes los ojos de los hombres.

(*Pausa. Afuera se siente gran estrépito de voces, sones de clarín y ruido de armas. Los soldados que jugaban a las cartas se levantarán y correrán hacia las tiendas*).

BENAVENTE

¿A qué puede obedecer ese estrépito?

CARRERA

Todas las precauciones contra una sorpresa están tomadas... pero corramos... (*Ambos salen*).

ESCENA SEGUNDA

(DICHOS Y EL CAPITAN SERVANDO JORDAN)

(*Aparece el capitán Jordán en dirección a la tienda de Carrera, topándose con éste a medio camino. Saludos*).

CARRERA

¿Qué sucede, capitán Jordán?

CAPITAN JORDAN

Una falsa alarma. Parece ser que un piquete al mando del teniente Urra ha sorprendido una patrulla enemiga. Mandé al capitán Novoa a tomar razón.

CARRERA

Bien, que se extremen las precauciones ordenadas, para evitar sorpresas. Usted mismo, en cuanto regrese Novoa, debe hacer una exploración.

CAPITAN JORDAN

A la orden, mi general. (*Saludo y mutis*).

CARRERA

Examine usted el campamento, coronel. Yo voy a continuar el estudio de los planos.

BENAVENTE

Bien, general. (*Mutis hacia el campamento*).

(*Carrera regresa a su tienda y se entrega al examen de planos militares. Regresan algunos soldados, ya en calma. Pasa un oficial dando órdenes. Lejano toque de clarín. Pausa*).

ESCENA TERCERA

(CARRERA, BENAVENTE, JORDAN, URRA, Y LUEGO EL CAPITAN PUEYRREDON)

(*Nueva agitación en el campamento. Soldados y oficiales se apresuran hacia las tiendas. Carrera aparece en la puerta de la suya*).

CAPITAN JORDAN

Mi general, el teniente Urra está de regreso con un prisionero. Como le comuniqué hace poco, Urra sorprendió una patrulla enemiga.

CARRERA

Hágalo venir.

CAPITAN JORDAN

Bien, mi general. (*Da orden, en voz baja, a un soldado que hace mutis rápido*).

BENAVENTE

Todo está pronto para cualquiera emergencia.

CARRERA

Gracias, coronel.

TENIENTE URRA

(*Aparece cubierto de polvo. Saludando*). A la orden, mi general.

CARRERA

Relate lo ocurrido, teniente.

TENIENTE URRA

Regresábamos al campamento, hace una hora, después de una salida de exploración a la cabeza de un corto piquete de soldados, cuando a la entrada del bosque sorprendimos una patrulla enemiga, más numerosa que la nuestra. Apenas nos avistamos, el oficial que la mandaba me intimó rendición; ciego de coraje dí la orden de carga, lanzándonos sobre ella sable en mano. Fué tarea de pocos instantes el desbaratarla. En el terreno quedaron dos muertos. Uno de los nuestros resultó herido. Traje prisioneros al capitán que mandaba la patrulla y a seis soldados, dos de los cuales están heridos. Eso es todo mi general.

CARRERA

Se ha portado usted valientemente, como siempre. Lo felicito.

TENIENTE URRA

Gracias, mi general.

CARRERA

(*A Jordán*). Haga traer al oficial prisionero.

CAPITAN JORDAN

Bien, mi general. (*Da órdenes a un soldado*).

BENAVENTE

¿El prisionero es persona de posición?

TENIENTE URRA

No ha dado su nombre. Pero uno de nuestros soldados dice que militó bajo banderas chilenas en las campañas del Sur.

CARRERA

Se le guardarán las consideraciones que merecen los defensores de Chile. ¿Es argentino?

TENIENTE URRA

Argentino, mi general. Al menos así lo afirma aquel soldado, aún cuando no recuerda su nombre.

(*Aparece el capitán Pueyrredón rodeado por soldados. Carrera avanza algunos pasos hacia él*).

CARRERA

¿Es usted oficial argentino?

CAPITAN PUEYRREDON

Sí, señor.

CARRERA

¿Su gracia de usted?

CAPITAN PUEYRREDON

Manuel Pueyrredón.

CARRERA

¿Es usted pariente del ex-Director Pueyrredón?

CAPITAN PUEYRREDON

Soy su sobrino.

CARRERA

Bien. Es usted sobrino del hombre que implacablemente ha perseguido a mi familia y a mí, arruinando mis mejores planes en favor de la independencia de Sud América. No importa. Es usted un caballero y un valiente. (*Tendiéndole la mano*). Está usted entre sus amigos.

CAPITAN PUEYRREDON

Gracias, mi general. No esperaba un recibimiento tan caballeresco... Gracias, mi general...

CARRERA

Que llamen a Kennedy. (*Mutis de Urra*).

CAPITAN PUEYRREDON

Excuse, general. ¿El capitán Kennedy está aquí?

CARRERA

Sí, capitán. El, Doolit y Novoa le deben a usted la vida, según se me informó hace algunos meses. Creo que el pobre Kennedy, que perdió la vista de un tiro disparado a quemarropa en cierto combate librado poco tiempo después que usted le salvara, será quien más alegría tenga en volverlo a encontrar.

ESCENA CUARTA

(DICHOS Y EL CAPITAN KENNEDY)

(*Aparece el capitán Kennedy llevado de la mano por el teniente Urra*).

CARRERA

Capitán Kennedy, ¿desearía usted ver a algún amigo suyo?

KENNEDY

¿Qué si yo desearía ver a algún amigo mío, general? ¡Oh, sí, pero eso es imposible; yo ya no veré más a mis amigos, pero mis amigos pueden verme a mí!

CARRERA

Es cierto; he dicho mal, pobre amigo mío! Pero, ¿desearía usted abrazar a alguien que le haya hecho un gran servicio hace poco tiempo?

KENNEDY

¡Oh, sí, general. Desearía ver a mi amigo el capitán Pueyrredón!.

CARRERA

(*Empujando a Pueyrredón hacia Kennedy*). Pues abrace usted al capitán Pueyrredón.

KENNEDY

(*Conmovido, abrazándose a Pueyrredón*). ¡Mi amigo...! ¡mi amigo...! ¡Gracias... gracias! (*Pausa ligera. Tornándose hacia Carrera*). General, si algo he hecho... si algo valgo, todo lo interpongo... Yo me hago responsable del capitán Pueyrredón...! ¡Mi vida por la suya!

CARRERA

Muy bien, capitán; me gusta verlo a usted con esos sentimientos, pero el señor Pueyrredón no necesita defensores. Está libre y entre sus amigos.

PUEYRREDON

Gracias, mi general. Tanta generosidad me obliga.

CARRERA

(*A Jordán*). Acompañe al señor Pueyrredón al campamento, y si él desea irse proporciónele un caballo. Está en completa libertad.

CAPITAN JORDAN

Bien, mi general.

CARRERA

Voy a inspeccionar mis tropas. Venga usted conmigo, Benavente... Buenas tardes, señores.

TODOS

Buenas tardes, general.

(*Carrera se aleja con Benavente. Los demás se dispersan, acompañando Jordán y Kennedy a Pueyrredón. Pausa*).

ESCENA QUINTA

(JORDAN, URRA. LUEGO EL GENERAL JOSE MARIA ALVEAR Y ACOMPAÑAMIENTO)

(*Movimiento de soldados y de oficiales. Disparos lejanos, toques de clarín de tarde en vez. El teniente Urra atraviesa la escena presuroso, encontrándose con Jordán*).

TENIENTE URRA

El general Alvear se aproxima con una comitiva de oficiales. ¿Dónde está el general Carrera? Hay que avisarle.

CAPITAN JORDAN

Acabo de dejarlo en el depósito de municiones. Vaya usted a buscarlo y yo esperaré aquí al general Alvear.

TENIENTE URRA

Inmediatamente. (*Mutis*).

(*Pausa corta. Aparece el general Carlos María de Alvear acompañado de un grupo de oficiales. Jordán marcha a su encuentro*).

ALVEAR

Buenas tardes, capitán.

CAPITAN JORDAN

Muy buenas, mi general. (*Saludo de todos*).

ALVEAR

Don José Miguel estará en su tienda, supongo.

CAPITAN JORDAN

Está inspeccionando el campamento. Un oficial fué a darle parte de su llegada, mi general.

ALVEAR

Gracias, Jordán.

ESCENA SEXTA

(DICHOS, CARRERA, BENAVENTE, CORONEL FELIPE ALVAREZ Y OFICIALES

(*Pausa breve. Aparece Carrera, seguido de Benavente y de algunos oficiales. Se cambian saludos, formando todos un solo grupo*).

CARRERA

Bienvenido, general. Salud, señores oficiales. ¿Traéis buenas noticias?

ALVEAR

La Junta Electoral, convocada por vuestro mandato, acaba de designarme Gobernador de Buenos Aires.

CARRERA

Mis felicitaciones, general.

BENAVENTE

Nuestras tropas se alegrarán de esta noticia. Acepte usted mis parabienes.

CORONEL FELIPE ALVAREZ

(*Sesenta años dignamente llevados*). Y también las felicitaciones muy entusiastas de este viejo soldado.

ALVEAR

Gracias, Benavente. Muchas gracias, coronel Alvarez. (*A Carrera*). Me temo, general, que sea necesario imponer a viva fuerza mi nombramiento. En Buenos Aires tengo muchos enemigos todavía.

CARRERA

No lo creo. Tenemos bastante gloria para que nos respeten y bastantes acciones de guerra para que nos teman. Por mi parte, mi gloria la hago consistir en haber servido a mi patria y a América con honor, y mi honor en respirar este sentimiento en todos los instantes de mi vida. Vos podéis decir otro tanto.

ALVEAR

Una delegación del Cabildo de Buenos Aires vino a pedir suspensión de armas con no sé cuáles promesas disparatadas. Yo recibí a esos bergantes en la entrada del puente de Márquez, de camino hacia este campamento, y les comuniqué mi designación como Gobernador, advirtiéndoles que estoy determinado a colgar de la horca a la mitad de la población de Buenos Aires, si nos amagan con una nueva revuelta.

CARRERA

Dura respuesta.

ALVEAR

Conozco bien a esos bergantes del Cabildo, que muy dispuestos a sublevarse han de estar.

CARRERA

Confío en que podréis gobernar en calma. Los argentinos verán que su jefe es digno hijo del Plata y yo por mi parte, desde Chile, espero establecer con estas provincias las relaciones más íntimas y fraternales, que los países dejan de ser extranjeros cuando se unen en una mutua alianza.

ALVEAR

Tal pienso yo, y nunca olvidaré que vuestra espada chilena ha estado incondicionalmente al servicio de la libertad argentina.

CARRERA

Acompañadme, general. Yo mismo voy a anunciar al ejército vuestra designación como Gobernador de Buenos Aires.

ALVEAR

Gracias, general. Estoy a vuestra disposición.

CARRERA

Vamos, señores. (*Todos hacen mutis hacia el interior del campamento, encabezando el grupo Carrera y Alvear*).

(*Pausa. Comienza a oscurecer. Se van encendiendo, en distintos sitios, hogueras que dejarán claros oscuros en la escena Siéntese ruido de vivas y gritos entusiastas*).

ESCENA SEPTIMA

(JORDAN, BENAVENTE)

BENAVENTE

(*A Jordán*). ¿Está lista la división?

CAPITAN JORDAN

Sí, mi coronel.

BENAVENTE

Hay que tocar a reunión. El general quiere iniciar el ataque en las últimas horas de la noche. De seguro dará pronto la voz de marcha. Vaya usted a ejecutar la orden. Yo encabezaré, probablemente, la primera división.

CAPITAN JORDAN

Bien, mi coronel. (*Hace mutis en dirección a las tiendas. Benavente toma una linterna, penetra con ella a la tienda del general y, sentándose ante la mesa, escribe. Se escucha un toque de clarín prolongado, que se reitera en seguida. Pausa corta*).

ESCENA OCTAVA

(BENAVENTE, CARRERA; DESPUES TENIENTE URRA Y DOÑA JAVIERA CARRERA)

(*Carrera penetra a su tienda y observa un instante a Benavente*)

CARRERA

¿Escribiendo, coronel?

BENAVENTE

Sí. No sé por qué esta noche más que otras, he sentido necesidad de comunicarme con los míos. ¡Están tan lejos, José Miguel, y esta carta acaso no han de recibirla nunca!

CARRERA

¿Por qué no? También a mi me han asaltado los recuerdos hoy. He pensado intensamente en Mercedes y en mi hermana Javiera... Este es el lado sombrío del soldado que está proscrito de su patria y se ve incesantemente perseguido... Tengo un hijo, el hijo que tanto anhelé... ¿Podré verlo algún día?

BENAVENTE

La victoria se aproxima; yo la siento en mi corazón.

CARRERA

(*Transición*); ¡A nuestro oficio!... ¿Están las tropas listas?

BENAVENTE

Sí, general. Ya se ha tocado reunión. En este momento tocan de nuevo. (*Se oye prolongado toque de clarín*).

CARRERA

Póngase usted a la cabeza de la primera división y salga. Yo lo sigo con la segunda inmediatamente. El coronel Alvarez con sus hombres y los dragones de López, que nos esperan a una legua de aquí, cubrirán la retaguardia.

BENAVENTE

(*Estrechando la mano de Carrera*). ¡Que la suerte nos acompañe! (*Mutis rápido. Carrera se ciñe dos pistolas y se apresta a salir. En la puerta topa a Urra*).

TENIENTE URRA

Mi general, una señora ha llegado al campamento y pretende hablar con usted a toda costa.

CARRERA

¿Quién es?

TENIENTE URRA

No ha dado su nombre, pero me entregó esta cinta, diciéndome que usted la haría pasar en cuanto yo se la mostrase.

CARRERA

(*Examinándola*). Tiene una inscripción. (*Leyendo*): «Federación o muerte...» Esta cinta yo la he dado a alquien. ¿Y cómo ha llegado esa señora hasta el campamento?

TENIENTE URRA

Doolite la encontró en la vuelta de Las Catalinas. Venía a caballo, seguida por un criado. Se reconocieron ambos, según ella dice, y Doolite la mandó acompañar hasta el campamento por un soldado.

CARRERA

Bien. Tráigala aquí.

TENIENTE URRA

A la orden, mi general. (*Saluda y se retira*).
(*Pausa corta*)

CARRERA

¡Extraña visita, en verdad!
(*Por la derecha aparece doña Javiera, seguida de un criado y en compañía de Urrà que la deja a algunos metros del general, retirándose un trecho. Lleva un látigo en una de sus manos enguantadas. Carrera, reconociéndola, avanza a su encuentro*).

CARRERA

¿Tú aquí, hermana mía? Debías estar con Mercedes, en La Bajada.

DOÑA JAVIERA

En estos momentos, decisivos tal vez, mi puesto está cerca de tí, hermano.

CARRERA

Es una idea insensata. Las balas llueven en este campo y por los caminos que has debido recorrer para llegar a mi campamento. Nuestros soldados se preparan al ataque...

DOÑA JAVIERA

En Buenos Aires corría mayor peligro. El Cabildo ha dado orden de prenderme nuevamente. He tenido que dejar mi refugio y gracias a las indicaciones de un amigo he podido llegar hasta tí.

CARRERA

Son los últimos atentados. Mañana el Ejército Federal ocupará Buenos Aires y la capital del Plata se sentirá por fin libre...

DOÑA JAVIERA

¿Mañana será el ataque?

CARRERA

Antes del amanecer atacaremos...

DOÑA JAVIERA

He llegado a tiempo, gracias a Dios. Aún podré serte útil en algo.

CARRERA

Te enviaré a un sitio seguro, protegida por soldados escogidos.

DOÑA JAVIERA

Jamás. He venido a luchar; a dar mi sangre por el triunfo, si es preciso.

CARRERA

No, hermana. Nunca lo consentiría.

DOÑA JAVIERA

En estos momentos toda ayuda es útil. Yo te pido vendas para curar a los heridos o una espada para combatir...

CARRERA

No, Javiera. Te suplico que obedezcas mis indicaciones.

DOÑA JAVIERA

Mi puesto está cerca de tí, José Miguel.

CARRERA

Está bien, se hará tu voluntad. Te enviaré al convoy de heridos, a retaguardia. Hoy serás enfermera y mañana reinarás en Buenos Aires y en Santiago.

DOÑA JAVIERA

Gracias, hermano.

CARRERA

(*A Urra*). Dad órdenes para que esta señora sea acompañada a la ambulancia.

TENIENTE URRA

Bien, mi general. (*Saludo y mutis*).

UNA VOZ

(*Dentro*). ¡Viva el general Carrera!

VOCES

(*Dentro*). ¡Vivaaa...!

UNA VOZ

¡Viva el general Alvear, Gobernador de Buenos Aires!

VOCES

¡Vivaaaa!

CARRERA

¿Sientes el entusiasmo de nuestros muchachos?

DOÑA JAVIERA

Sí. ¡Mi alma está llena de esperanza!

CAPITAN JORDAN

(*Después de saludar a doña Javiera*). La segunda división se encuentra lista, mi general.

CARRERA

Que Alvarez levante el campamento y después dé la orden de marcha.

CAPITAN JORDAN

Bien, mi general. (*Saludo y mutis*).
(*Toque de clarín*).

CARRERA

A vuestros heridos, señora. Yo a combatir. (*Se oye el eco de vivas y de gritos entusiastas de la tropa*). Arde el coraje de nuestros muchachos y estalla la sangre en mis venas. (*Desen vainando la espada*) ¡Adios Javiera!

DOÑA JAVIERA

¡Que Dios nos acompañe, hermano!

CARRERA

¡A vencer, a combatir, que mientras haya tiranos y cadenas mi espada ha de estar desenvainada! (*Avanza rápido hacia la izquierda, seguido de sus ayudantes, que estarán a pocos metros de él y de doña Javiera durante el diálogo de ambos. Doña Javiera, inmóvil, permanece junto a la tienda del General*).

(*TELON*).

Acto Cuarto

LA ULTIMA ENTREVISTA

CUADRO PRIMERO

Habitación de doña Mercedes Fuentecillas en La Bajada. Sala modesta, de techo envigado. Al fondo, derecha, puerta de una hoja que abre al exterior; a izquierda, ventana de reja. Puerta lateral comunicando con otras habitaciones. Pocos muebles: cómoda y mesa de caoba, un sofá, silletas de paja. Es ya de noche y llueve.

ESCENA PRIMERA

(DOÑA MERCEDES, NICOLASA)

DOÑA MERCEDES

(*Junto a la puerta de comunicación. Arrebujada en un chal que tercia sobre sus espaldas*). Nicolasa, ¿duermen ya los niños?

NICOLASA

(*Desde el interior*). Sí, su merced. Hace rato que los pobrecitos se durmieron...

DOÑA MERCEDES

¡Pobres hijos míos, si ellos pudiesen comprender todo el dolor de este vivir nuestro...!

NICOLASA

(*Id.*) La Javierita duerme abrazada de la Rosita, y sueñan...

DOÑA MERCEDES

¿Sueñan?

NICOLASA

La Rosita bate los brazos como si quisiera volar. La Javierita se apreta contra ella y sonríe... ¡Ay que lindas están, que lindas están, misia Merceditas...!

DOÑA MERCEDES

¿Y Pepe?

NICOLASA

Duerme como los propios ángeles...

DOÑA MERCEDES

Bueno, mujer; déjalos quietos y ven a consolarme un poco. ¿Aún un día más sin que él venga? Acaso ya no lo veré nunca...

NICOLASA

Tenga paciencia, mi señora. Ya vendrá su merced don José Miguel y nos iremos a Chile.

DOÑA MERCEDES

¡A Chile!... ¡Qué lejos está mi Chile...! Si parece que ya nunca volveré... En estas noches de tristeza, en que el frío de fuera parece helarnos hasta el propio corazón, evoco mi tierra y veo pasar, como en una visión de sueño, sus montañas nevadas, sus campos verdes, esa Cañada de Santiago tan hermosa y tan fresca en verano...

NICOLASA

No hay mal que dure cien años, dice un decir.

DOÑA MERCEDES

Pero ¿y cuándo los males persisten y la vida pasa? ¡Si viniese José Miguel, si lo viese de nuevo una sola vez, una sola hora...!

NICOLASA

Vendrá, mi señora...

DOÑA MERCEDES

¡Vendrá! Eterna palabra repetida eternamente... Recemos, mujer; ya va a ser hora de acostarnos...

NICOLASA

¿Y si viniera hoy?

DOÑA MERCEDES

Recemos, puede que los santos te escuchen.

NICOLASA

Primero voy a reanimar las brazas... (*Se pone de rodillas ante el brasero, atizando el fuego*).

DOÑA MERCEDES

¡Hace más frío! (*Un estremecimiento sacude su cuerpo, moviéndola a subir el rebozo*).

NICOLASA

(*Levantando la cara, como en espectación de un ruido lejano*). ¿Siente mi señora?

DOÑA MERCEDES

¿Qué, mujer?

NICOLASA

Es un ruido de galope.

DOÑA MERCEDES

(*Animándose*). Acaso sea él... ¡Al fin se habrá acordado de venir...!

NICOLASA

El galope se aproxima... ¿Siente, su merced?

DOÑA MERCEDES

(*Plena de esperanza*). Sí, no cabe duda... ¡Es él, siento que es él...! En otro tiempo también me anunciabas el galope de su caballo, pero entonces éramos felices y la guerra no había estallado...

NICOLASA

Se detiene, mi señora...

DOÑA MERCEDES

¡Es él!
(*Golpean a la puerta*).

NICOLASA

Golpean, misia Merceditas...

DOÑA MERCEDES

¡Es él! (*Avanza, febril, corriendo los cerrojos. La puerta se abre y en el marco se destaca la silueta marcial de Carrera, vistiendo uniforme de campaña. Doña Mercedes cae en sus brazos*).

ESCENA SEGUNDA

(DICHOS Y CARRERA)

CARRERA

¡Mi Mercedes de mi corazón...! ¡Mi compañera amada, cuánto tiempo sin estrecharte entre mis brazos...!

DOÑA MERCEDES

¡Siglos hacía y como anhelaba por tenerte así, contra mí, todo mío...! Pero ven, estás empapado...

CARRERA

Afuera llueve un poco... (*Reparando en Nicolasa*). ¿Cómo estás, mujer?

NICOLASA

En un ser, mi señor don José Miguel. Buena pa servir a su merced...

CARRERA

Gracias... Mi Mercedes, temo preguntarte... ¿los niños?

DOÑA MERCEDES

Sanos y gordos... Ven a verlos... Quita esos arreos, que te los sequemos, hombre... Deja la espada. (*Carrera se la quita*). ¡Así no la volvieras a colgar nunca más de tu cinto!

CARRERA

¡Mujer!

DOÑA MERCEDES

Esa es mi rival. Te separa de mi cariño, y tú la quieres...

CARRERA

Es una compañera fiel.

DOÑA MERCEDES

Pero yo la detesto... Ven, ven a ver a los chicos, qué guapos y hermosotes están... Pero no hagas ruido, no vayas a despertarlos con el taconeo de tus botas...

CARRERA

(*En el umbral*) ¡Es un sueño!

DOÑA MERCEDES

Javiera es toda una mujercita y hasta me ayuda, a pesar de ser tan pequeña aún.

CARRERA

(*Adentro*). Cómo se parece a tí... Hasta ese lunar cerca del cuello...

DOÑA MERCEDES

(*Entornando la puerta*). No hagamos ruido. (*A Nicolasa, bajando la voz*). Prepárale una colación a José Miguel... Calienta agua para cebarle un mate... (*Adentro*). ¡Qué ricos, verdad, qué ricos están!

ESCENA TERCERA

(DOÑA MERCEDES, CARRERA)

(*Pausa. Salen casi juntos*).

CARRERA

Cuando estoy con ustedes, mi voluntad se deshace y quisiera renunciar a todo.

DOÑA MERCEDES

Renuncia... Deja el ejército, abandona las armas y ríndete a mi cariño... ¿Crees que la gloria vale lo que el amor y la ternura de una mujer?

CARRERA

Es un momento de cobardía que sacude mi ánimo y en seguida todo reacciona en mí. La necesidad de castigar y el deseo de servir a mi país... ¡Chile por sobre todo!

DOÑA MERCEDES

¡Siempre así...!

CARRERA

Chile primero y después tú... No te aflijas mi Mercedes, que ya con el amor que te reservo tienes tanto como mujer alguna ha tenido nunca.

DOÑA MERCEDES

¡Engañador! ¿Quién te puede creer si tanto te alejas de mí?

CARRERA

Me alejo para que después no nos separemos nunca...

DOÑA MERCEDES

Tienes las manos frías y la frente ardiente...

CARRERA

No se ha de apagar su fuego mientras no hayamos triunfado...

DOÑA MERCEDES

Ven, que te calientes un poco... Este mate te espantará el frío... (*Nicolasa, antes de salir, habrá puesto una tetera con agua sobre el brasero. Hará nuevo mutis, después de traer todo lo necesario para el mate*).

CARRERA

Gracias, mi negra... Tiempo que no probaba un mate como éste.....

DOÑA MERCEDES

Culpa de esos campamentos que son mi terror. Detesto la vida de campaña en que todo falta...

CARRERA

Y casi todo sobra.

DOÑA MERCEDES

Falta lo que hace dulce la vida.

CARRERA

Para que la vida pueda un día tornarsenos dulce hemos de llenarla de gloria, primero.

DOÑA MERCEDES

¿De qué nos sirve la gloria, José Miguel? ¿De qué?

CARRERA

Para mí es como el aire que da la vida, como la luz que permite ver, como el sentimiento sin el cual no sabríamos amar... La gloria es la sola fuerza que puede alentar a los que vacilan y sublimar a los que caen. La gloria, mi Mercedes, es la sola

mortaja que sienta bien a los guerreros y el único trofeo que con orgullo podemos deponer a los pies de la mujer amada.

DOÑA MERCEDES

Cuando estoy contigo, José Miguel, tú me haces callar. Tienes razón siempre... Perdona mis arranques porque sólo son dictados por un cariño muy grande...

CARRERA

¡Mi Mercedes!

DOÑA MERCEDES

Permite que te bese la mano, esa mano que ha dirigido tanta victoria...

CARRERA

Antes mis labios han de besar tus pies...

DOÑA MERCEDES

Estémonos así, juntos, muy juntos...

CARRERA

Y que nuestros ojos y nuestros labios y nuestros brazos se fundan.

DOÑA MERCEDES

Así, así siempre... (*Pausa. Los ojos de Carrera se esconden bajo su diestra*). ¿En qué piensas?

CARRERA

Mi estrella comienza a eclipsarse. Los aliados me abandonan. López me ha traicionado, pactando con el Gobierno de Buenos Aires, y mis tropas disminuyen cada día.

DOÑA MERCEDES

¿Por qué no renunciar a la lucha, entonces?

CARRERA

Renunciar, palabra que nunca pronunciarán mis labios. Antes morir que renunciar.

DOÑA MERCEDES

Y sin embargo...

CARRERA

La fortuna me ha sonreído poco. Tres veces he estado en las puertas de Buenos Aires, que era conseguir las llaves de Chile, y tres veces he perdido la jugada por culpa de ajenas torpezas... Un zig-zag ha sido mi camino: cuantas veces he creído alcanzar la meta, la suerte se ha puesto de través y ahora parece abandonarme del todo.

DOÑA MERCEDES

Dios vela por tí, José Miguel.

CARRERA

No veló por mis hermanos...

DOÑA MERCEDES

¡Era su destino!

CARRERA

¿Y cuál será el mío? Todos me abandonan. Apenas unas cuantas docenas de soldados militan todavía bajo mis banderas. La fatalidad parece tocar con su dedo a cuantos me aman o se me aproximan... Hace poco he sabido la muerte de nuestro

pobre Conde, mi fiel asistente... Han caído ya los poderosos: mis hermanos, el gran Manuel Rodríguez, asesinado en Tiltil, y ahora les toca el turno a mis amigos más humildes, que no son ciertamente los menos dignos ni los menos nobles...

DOÑA MERCEDES

¡Se aleja Chile de nosotros!

CARRERA

Se aleja. ¡Y tanto! Yo contaba para realizar mi empresa con el auxilio de Buenos Aires, si hubiésemos conseguido ocupar la capital. Así habría logrado afianzar el federalismo, que mañana hará la grandeza argentina, y abrirme las puertas de Chile. Salvar esta tierra amada y salvar la nuestra, vengando la sangre de mis hermanos que golpea cada día mi conciencia con un dolor mayor...

DOÑA MERCEDES

Hay que saber olvidar.

CARRERA

Carrera no podrá aprenderlo nunca. Mi mayor virtud es ser amigo de mis amigos y enemigo de mis enemigos.

DOÑA MERCEDES

También hay que saber perdonar, José Miguel.

CARRERA

Hay sangre mía que clama venganza, y mientras los manes de mis muertos no tengan satisfacción yo no podré vivir tranquilo... «¡Véngate!», grita una voz a mi oído y mi corazón la repite y la repiten mis labios, quemados por la pólvora de cien combates, y la repite implacablemente mi voluntad.

ESCENA CUARTA

(DICHOS Y NICOLASA)

(*Nicolasa ha penetrado en silencio con una bandeja y habrá puesto mantel y cubierto sobre la mesa, acercando a ella un candelabro con varias bujías*).

DOÑA MERCEDES

Está pronta la cena, que por lo frugal más que cena es colación.

CARRERA

Gracias, Mercedes...

DOÑA MERCEDES

Sentémosnos. Es necesario que comas algo.

CARRERA

En verdad hace doce horas que no pruebo bocado. (*Sentándose a la mesa*). Y esto es un banquete para mí: jamón, huevos y un pedazo de lomo que haría sonreir a un muerto...

DOÑA MERCEDES

Nicolasa, trae un poco de vino. Eso te reconfortará... ¡Hace tanto frío!

NICOLASA

Sí, su merced. (*Hace mutis tornando con una jarra de vino y copas*).

CARRERA

Apuesto a que no adivinarías qué embajada y qué título he recibido últimamente.

DOÑA MERCEDES

(*Burla amable*). ¿Los españoles te ofrecen algún marquesado?

CARRERA

Cuatro caciques y veinte mocetones de las tribus de los indios pampas me han ofrecido el concurso de sus lanzas, con el título de Pichirrey.

DOÑA MERCEDES

¡Pichirrey!

CARRERA

Rey de las tolderías, rey de las indiadas, más valientes y más leales, a menudo, que los hombres blancos.

DOÑA MERCEDES

¿Has aceptado el concurso de los indios?

CARRERA

Naturalmente. Acaso con la punta de sus lanzas pueda despejar los caminos de mi tierra... Voy a beber por ellos... por ellos y por tí...

DOÑA MERCEDES

Por tu indiecita, por tu pequeña indiecita...

CARRERA

Mi pequeña indiecita tiene manos de monja... Este asado está riquísimo... Pero bebamos por mi Mercedes, por la patria, por los amigos distantes, por todos los que murieron por mí, a la sombra de estas banderas que la adversidad no ha arriado todavía...

DOÑA MERCEDES

Bebamos porque pronto te consagres a la vida de hogar, que es la que menos desengaños suele procurarnos...

CARRERA

Por tí, mi Mercedes, por la más hermosa de las mujeres y la más dulce de las compañeras...

DOÑA MERCEDES

¿Verdad? Pero el señor general prefiere al mío el amor de su espada.

CARRERA

Quiero a mi espada porque defiende mi amor...

DOÑA MERCEDES

Hablemos solo de tí... Cuéntame tu vida, mi negro...

CARRERA

¿Qué podría contarte de mi vida en estos últimos tiempos? Ha sido un batallar constante, una tremenda lucha de cada día y casi de cada hora contra los hombres y los elementos, porque hasta los elementos han venido a sumarse en el número de mis enemigos. No hace mucho, para conquistar una caballada que nuestros adversarios mantenían en un islote, hubimos de lanzarnos al agua y trabar, cuerpo a cuerpo, en mitad del río, una lucha de centauros más que de hombres. Tiñéronse las aguas de sangre y los cuerpos de heridas; la tempestad incendió la tierra de rayos y el cielo de relámpagos, pero la victoria fué nuestra... Triunfamos una vez más, amiga mía, y al reunir a mis hombres pude ver que si la gloria aumentaba los soldados disminuían... Nuestra gloria es como mi estrella: brillante y trágica... Alguna tarde, ambas han de verme caer, solo, abrazado a mi bandera hecha jirones, a esa bandera que pasié por América sembrando heroismos, a esa

mi bandera que ha de cubrir con sus pliegues manchados de sol y de lluvia, de valor y de muerte, al guerrero más infortunado que vieron los tiempos...

DOÑA MERCEDES

¡José Miguel...!

CARRERA

Sí, cuéntales mañana estas cosas a mis hijos, cuéntales esta historia de mi bandera invencible que no supo, sin embargo, traerme la fortuna; nárrales la vida de este soldado contra el cual se coaligaron, implacables, los hombres y los elementos, porque tenía el corazón grande como una montaña...

DOÑA MERCEDES

¡José Miguel...!

CARRERA

Diles que traicionado por todos hube de aceptar la ayuda de los bárbaros, que eran más leales que los hombres de cara blanca. Diles que fuí a sus tolderías y a sus tiendas a recibir el noble homenaje de las lanzas indias y que con ellas he de bajar a las ciudades y cruzar las montañas, asolando si es necesario asolar y muriendo si es preciso morir, para que esta sangre nuestra, para que esta sangre de hombres de bronce y de alma blanca fecunde, en las tierras de América, la libertad que un puñado de ambiciosos ha querido arrebatarnos...

DOÑA MERCEDES

¡José Miguel!

CARRERA

Mi estrella no ha sido una estrella de fortuna, pero su luz, la luz que irradie a través de los tiempos, ha de ser tanta que nunca los hombres verdaderamente hombres de nuestra tierra dejarán de recordar con emoción al Pichirrey de las tolderías y de la pampa...

DOÑA MERCEDES

No hables de muerte, mi José Miguel... Juntos, siempre juntos hemos de llegar a la vejez y ver como crecen nuestros hijos...

CARRERA

Muchas veces pensé en ello con una gran ilusión. Soñaba que vivíamos en Chile, en un ranchito, y que teníamos momentos deliciosos. Allí me esperaban tus brazos amantes... En él, alejados de toda vanidad, de todo ruido, habrían de deslizarse estos tiempos de anarquía y de locura...

DOÑA MERCEDES

Sí... sí... (*Con los ojos iluminados de esperanza*). Vámonos a Chile, José Miguel... Alejémonos de todo, renunciemos a la guerra y al odio...

CARRERA

La realidad disipa los alegres sueños de paz... No nos dejarían nuestros enemigos... Si me pillasen no me fusilarían por descuartizarme...

DOÑA MERCEDES

Huyamos a los Estados Unidos, que es la tierra de la libertad...

CARRERA

El infortunio de nuestra América sería allí un remordimiento. Y no tendríamos sosiego...

DOÑA MERCEDES

Es el amor de la gloria el que te aleja de mis brazos...

CARRERA

A veces, mi negra, suelo preguntarme si la gloria no es sólo un miraje hermoso, si de algo puedo servirme no yendo acompañada del poder y de la fortuna. ¿Toda esta gloria nuestra nos aproxima en verdad a la meta...?

(*Nicolasa, que entrará para quitar la mesa, ha escuchado con emoción y en silencio los últimos parlamentos de Carrera*).

DOÑA MERCEDES

No te atormentes, olvida un poco; reclina en mí tu cuerpo, que estos brazos saben curar igualmente los dolores del alma y las fatigas de la guerra.

CARRERA

(*Abrazando a doña Mercedes*) ¡Qué bien me siento, Mercedes!

DOÑA MERCEDES

Reposa, duerme... Si tuvieras el valor de renunciar a la guerra, qué felices seríamos...

CARRERA

Día llegará...

DOÑA MERCEDES

¡Lo diviso tan lejano!

CARRERA

Y yo también. A veces me invade un oscuro presentimiento de que no he de volverte a ver, de que mis enemigos, asistidos de letrados de tan poco ley como conciencia, han de sellar con plomo este drama mío...

DOÑA MERCEDES

¡José Miguel...!

CARRERA

Pero no te inquietes... Mi fé en la victoria final sabe superar todo presentimiento amargo...

DOÑA MERCEDES

Yo tengo fe, mucha fe...

CARRERA

Dios te la conserve. Mas, ¿a qué temer aquello que la voluntad humana es impotente para evitar? Siempre he pensado que un guerrero debe mirar con orgullo la posibilidad de morir combatiendo. Morir como héroe es un don que conceden los dioses.

DOÑA MERCEDES

No te separes más de mí, José Miguel... No sabes que nudo de inquietud aprieta mi garganta cuando estás en campaña...

CARRERA

No hablemos más de cosas tristes. A tu lado me siento tan bien que desearía olvidarme de todo. ¡Y pensar que cuando claree el alba he de partir!

DOÑA MERCEDES

¡Esta maldita guerra!

CARRERA

No pensemos, no razonemos... Que sólo el amor hable en nosotros esta noche...

DOÑA MERCEDES

El amor tiene miedo a las espadas...

CARRERA

Sea para nosotros esta noche como la de nuestra luna de miel. ¿Recuerdas?

DOÑA MERCEDES

¡Recuerdo!

CARRERA

No pensábamos, entonces, en la guerra. No pensemos ahora, tampoco, como si no hubiese de amanecer nunca... Reposemos en un abandono completo, en absoluto olvido de todo, como si en el mundo no existiésemos sino tú y yo...

DOÑA MERCEDES

¡Tú y yo!

CARRERA

Ven, ven conmigo; miremos como nuestros hijos duermen en una infinita paz de amor y en una paz así vivamos estos minutos nuestros, que ni aún la muerte se atrevería a quitarnos...

DOÑA MERCEDES

Cuando estás junto a mí se me figura que aún soy pequeña, como el día que te conocí, y que tú lo eres todo, que eres capaz de matar a los dragones y a las fieras de los cuentos y a los hombres que son más crueles que las fieras...

CARRERA

¡Mi Mercedes... mi negra querida! (*Van avanzando hacia la puerta interior. Carrera la lleva cogida por la cintura, con una mano, y en la otra sostiene el candelabro*).

DOÑA MERCEDES

¡Si esta noche pudiese ser eterna...!

CARRERA

¡Mi Mercedes...! (*Hacen mutis*).
(*Apágase por completo la escena*).

CUADRO SEGUNDO

La misma decoración del cuadro anterior.

(*Pausa. El escenario permanece en oscuridad absoluta durante el interregno de un cuadro a otro. Se siente un toque de corneta, vibrante como un llamado. Comienza a amanecer y una leve luz se insinúa por la puerta del foro. Carrera penetra seguido de Mercedes, y abre la ventana dando entrada a la luz del alba, todavía incierta*).

ESCENA UNICA

(CARRERA, DOÑA MERCEDES, NICOLASA)

DOÑA MERCEDES

¡No te vayas...! ¡No te vayas, José Miguel!

CARRERA

Es preciso. El deber me llama.

DOÑA MERCEDES

¿Me abandonas otra vez? ¿Preferirás a tus hijos los gauchos de la pampa y las tolderías de los indios a este rancho en que con tanto amor te he aguardado?

CARRERA

Es preciso, Mercedes. ¡Es preciso!

DOÑA MERCEDES

Si te perdemos, ¿quién nos dará un asilo? ¿Dónde recogeríamos tu cuerpo? Te amo demasiado para acusarte, pero hecha una mirada sobre mi destino desde que mi suerte es tuya y apiádate de mí...

CARRERA

Llegará el día en que nos juntemos para no separarnos más... Hay que saber esperar... ¡Bien sabes cómo he aprendido a esperar!

DOÑA MERCEDES

Nó, no puedo resignarme a que te vayas... Quédate, por Dios, o llévame contigo...

CARRERA

Está amaneciendo... Una luz todavía incierta ilumina a los hombres y deja en oscuridad las almas. ¡Para cuán pocos ha comenzado en verdad a amanecer...!

DOÑA MERCEDES

¡Quédate conmigo!

CARRERA

Mi alma quedará contigo... Cuida a los niños y si no vuelvo cuéntales qué tragedia tan honda me apartó de su camino... Enséñales todo lo que yo les hubiera enseñado. ¡Haz que amanezca en sus almas!

DOÑA MERCEDES

(*Llorando*). ¡José Miguel!

CARRERA

Perdóname. Yo no he sabido sino hacerte sufrir, a pesar mío... Olvida todo lo ingrato, todo lo triste, y piensa en mí con alegría, sin dolor alguno, como debemos pensar siempre en lo que amamos.

DOÑA MERCEDES

¡Quédate, quédate!
(*Suena de nuevo el toque de corneta, más distante*).

CARRERA

¿Sientes? Mis soldados se marchan. ¡Es implacable la voz del deber!

DOÑA MERCEDES

¡Quédate!

NICOLASA

¡Quédese su merced!... ¿A qué buscar tanta gloria?... ¡Por los niños...!

CARRERA

(*Ciñéndose la espada*). ¡Cuida de ellos, Nicolasa; cuida de mi mujer.

NICOLASA

Cuidaré, mi señor...

CARRERA

Adios... (*Nicolasa le besa la mano que él trata de quitarle*).

DOÑA MERCEDES

(*Sollozando*) ¡No te vayas!... ¡no te vayas!... ¡no te vayas...!

CARRERA

(*Retrocediendo*). Voy a mirar una vez más a los niños. (*Asómase a la puerta interior y junto al umbral cierra los ojos en mudo gesto de dolor*) ¡Cómo duermen! (*Se arranca a sus pensamientos y abraza de nuevo a Mercedes, que sollozando lo ha seguido*). Valor, Mercedes. Un sol esplendoroso, mi sol de justicia y de juventud, ha de iluminarnos mañana!

(*Se separa de ella, que permanece inmóvil, prendidos los ojos en el héroe que se aleja*).

(*TELON LENTO*).

Acto Quinto

LA PRISION DE MENDOZA

CUADRO PRIMERO

La plaza de Mendoza. Telón corto. Es al atardecer, a comienzos del mes de Septiembre.

ESCENA UNICA

(PUBLICO MENDOCINO)

(*Paséanse soldados, sacerdotes, señores, algunas mujeres y gente del pueblo. Vendedores de refrescos pregonan sus mercaderías*).

VECINO 1.°

Dicen que traen preso al general Carrera.

VECINO 2.°

¿No lo sabía usted? Pues lo van a entrar al caer de la tarde para que no lo descuartice el pueblo, que está enfurecido con sus crímenes.

VENDEDOR

¡Tortillas güenas!... ¡Tortillas güenas!...

VECINO 1.°

Al coronel Benavente lo insultaron esta mañana, dicen.

VECINO 2.º

La querida del general Morón lo cubrió de improperios. Las mujeres enamoradas suelen transformarse en arpías.

VECINO 1.º

Los montoneros no tienen la culpa de su muerte. Morón cayó en plena batalla.

VENDEDOR

¡Tortillas güenas!... ¡tortillas güenas!

UNA MUJER

¿Traerán pronto al infame?

VECINO 1.º

Carrera, señora, es un valiente.

UNA MUJER

¡Ave María purísima, lo que dice el indino!... Carrera es un pícaro enemigo del Señor y de la Santa Iglesia.

VECINO 1.º

¿Quién lo dice, buena mujer?

MUJER 1.ª

El señor cura lo dice, Ave María purísima. El señor cura lo dice, que bien se conoce él a los enemigos de nuestra santa madre...

(*Aléjase persignando, como para librarse de maleficios*).

VENDEDOR

(*Distante ya*). ¡Tortillas güenas!... ¡tortillas güenaaas!..

VECINO 1.°

¿Y cómo fué la derrota del general Carrera? Cuénteme, mi señor don Orozimbo.

VECINO 2.°

Pues fué antenoche, a cosa de las dos de la madrugada. El señor general don José Albino Gutiérrez, salvador de Mendoza, lo derrotó por completo en la Punta del Médano. Como no se daba cuartel a los montoneros, dicen que el campo quedó sembrado de muertos... Carrera emprendió la retirada con los pocos oficiales y soldados que consiguieron escapar al desastre...

VECINO 1.°

¡Pobre Carrera!

VECINO 2.°

No se compadezca usted de los pícaros. Bien merecido se lo tiene el tal Carrera, que en compañía de los salvajes indios pampas ha ido haciendo depredaciones por las provincias...

MUJER 2.ª

(*Acercándose*) Quemaban las chozas, saqueaban las estancias, se llevaban los ganados... Dicen que los fascinerosos habían hecho pacto con el Demonio. (*Persignándose*).

VECINO 1.°

¿Y cómo fué el tomarlo prisionero? Cuente usted, mi señor.

VECINO 2.°

En las tinieblas de la noche, según refiere el propio que trajo la noticia, se sublevaron varios oficiales y, después de meter en el complot a algunos soldados, dieron la voz de alto. Sólo dos o tres oficiales fieles, que rodeaban a Carrera, quisieron resistir, a la voz de «¡traición, traición!»...

MUJER 2.ª

¡Ave María purísima!

VECINO 2.º

Los complotados se descargaron sobre Carrera. El general chileno arremetió con bravura, tirando sus pistolas, pero no dieron fuego y fué vencido por el número. Lo ataron fuertemente y torcieron el rumbo de la tropa hacia Mendoza.

MUJER 2.ª

¡Alabado sea el Señor que nos deja a salvo!

VECINO 1.º

¿Y el coronel Benavente?

VECINO 2.º

Benavente, que tenía mejor caballo, consiguió huir, acompañado del práctico Ansorena. Más de nada les valió el arrancar pues ayer cayeron en manos de una partida mendocina...

VECINO 1.º

¡Pobres gentes, ¿qué suerte les espera?

VECINO 2.º

La de los bribones... Seguramente los fusilarán.

MUJER 2.ª

Horca merecían...

VECINO 2.º

Quizás los descuarticen... (*En voz baja*). Dicen que es inexorable el general don Albino Gutiérrez...

MUJER 2.ª

¡El Señor nos tenga en su santa protección!

(*Rumor creciente de pueblo. Algunos corren hacia la extrema izquierda*).

VECINO 1.º

Ya lo traen.

VOCES

(*Distante*) ¡Mueraaa... mueraaa!...

VECINO 1.º

Lo condenarán...

VECINO 2.º

Acerquémosnos a divisar el espectáculo.

(*Repican campanas. Se oye ruido lejano de tambores y cornetas*).

VOZ DE MUJER

(*Fuerte, pero distante*). ¡Muera el pícaro asesino del general Morón!... ¡Mueraaaa!...

VOCES

(*Distanciándose*). ¡Mueraa!

VECINO 1.º

Allí lo llevan, rodeado de soldados, en medio del tumulto del pueblo que pide su cabeza. ¡Pobre general Carrera...!

UNA MUJER JOVEN

¡Qué valiente es! ¡Qué arrogancia tiene! Desafía con su mirada a todo el mundo.

VECINO 1.°

Debieran librarle la vida..

VECINO 2.°

Calle mi señor... Que no lo vaya a saber el general Gutiérrez...

UNA MUJER JOVEN

¡Qué hermoso es! ¡ El Señor lo proteja!

VOCES

(*Cada vez más distantes*). ¡Mueraaa!

UN SACERDOTE

Pobrecito, allá se lo llevan a la Gobernación para juzgarlo... ¡Qué Dios lo perdone!

VECINO 1.°

¿Vamos a la Gobernación, a ver si logramos verlo de cerca?

VECINO 2.°

Vamos...

(*TELON*).

CUADRO SEGUNDO

La escena a oscuras. Una luz o reflector iluminará el rostro de cada personaje a medida que hable, dejando en sombra a los otros. Sin embargo, al iniciarse y al finalizar la escena primera todos los rostros aparecen iluminados. Y durante el juicio, a medida que se pronuncien los votos, podrá advertirse en todos el juego de las fisonomías y de las conciencias.

ESCENA PRIMERA

(CARRERA, EL GOBERNADOR GODOY CRUZ, JEFES, OFICIALES Y PUBLICO)

GODOY CRUZ

(*Gobernador de la Provincia de Mendoza*). Vamos a oíros, general.

(*Murmullo en la asamblea. El silencio se restablece. Pausa breve*).

CARRERA

(*Digno, sereno, dueño absoluto de sí mismo*). «Señores, me véis aquí reo de una culpa que no es mía, sino de mi destino. Cuán grande y terrible sea la acusación que váis a hacerme, yo la acepto, sin embargo, toda entera sobre mí. Tres años ha durado la contienda; pueblos y campos han visto pasar el huracán cual ráfaga de sangre, y las pampas, el desierto, las aguas de los ríos orientales sostienen todavía la huella de mis pasos, porque durante esos tres años yo he dormido sobre mi caballo... Todo lo que se ha desplomado con estrepitoso fracaso ha sido bajo el empuje de mi mano; todo lo que se ha

encumbrado a la altura ha sido sostenido por mi brazo. Fuí aclamado Dictador en la plaza de la Victoria de la capital del Plata y después las tribus de los bárbaros me reconocieron como su Pichi-Rey en las tolderías del Río Colorado. Mi imperio era casi tan grande como la mitad de América; pero vencido, ahora, no es el momento ni de gloriarme de esos títulos ni de renegarlos tampoco: yo sólo los apunto para fijar cuál es mi responsabilidad y cuáles mis derechos de defensa. He sido partícipe en mil batallas cuya fortuna fué casi siempre mía, he tomado partido en muchas causas, he penetrado en muchas intrigas, he sondeado desde la altura muchos misterios del poder, he tomado asiento en asambleas populares y mi voluntad no fué jamás doblegada como no lo había sido en los campos de batalla por reveses o victorias. Y era porque mi ánimo se había remontado a la altura de un gran pensamiento y de una aspiración inmortal: ese pensamiento era mi patria, esa aspiración era su libertad! Vosotros, sin embargo, me cerrásteis el camino de ellas cuando os solicitaba el libre paso de beligerante neutral. Vuestras tropas han vencido a mis tropas invencibles, con las cuales, Dios y Chile mediantes, habría conquistado para la Democracia a la mitad de América. Mas la fortuna se ensañó en contra mía y aquí me teneis de pie, sin cólera ni pavor, en medio de esta asamblea de jueces que ya prejuzgaron de mi nombre, en este mismo recinto que escuchó el eco postrero de indefensas víctimas que eran mi propia sangre y mi propia vida... No sé de que váis a acusarme pero en mí vida pública no ha habido venganza de hombre ni botín de vencedor, ni en el poder jamás decreté ningún suplicio ni impuse ninguna cadena. Sé que váis a condenarme, pero deseo, también, que sepáis que si muero habrá sido por querer para mi patria y para América la libertad civil después de la victoria militar...»

(*Pausa. Nuevos murmullos, más apagados y como en sordina, que con temor quisieran ser aprobación*).

GODOY CRUZ

La asamblea os ha escuchado.

CARRERA

Y bien, señor Gobernador. ¿Cuál será mi suerte?

GODOY CRUZ

Las leyes decidirán, señor general.
(*Se hace, de nuevo, oscuridad absoluta*).

ESCENA SEGUNDA

(GODOY CRUZ, EL GENERAL JOSE ALBINO GUTIERREZ, EL AUDITOR DE GUERRA ORTIZ)

(*Pausa breve. Aparecen los tres rostros iluminados; destacándose, en seguida, sólo el que habla*).

GODOY CRUZ

Señor general Gutiérrez: ¿cuál será la suerte de Carrera?

GUTIERREZ

¡La muerte!

GODOY CRUZ

¿Y la de sus compañeros?

GUTIERREZ

El coronel Benavente y el coronel Alvarez deben también morir.

ORTIZ

Es justo que paguen sus crímenes con sus vidas.

GODOY CRUZ

Y sin embargo, Carrera, señor general...

GUTIERREZ

Morirán todos ellos, y sus miembros, mutilados, han de exhibirse en los cuatro extremos de Mendoza. ¡Es nuestra voluntad!

ORTIZ

Es la justicia militar que se impone, señor Gobernador.

GUTIERREZ

Hay una voluntad superior que todos debemos acatar, bien lo sabéis.

GODOY CRUZ

Se hará como está resuelto.

GUTIERREZ

Reunid inmediatamente un Consejo de Guerra. Ortiz instruirá a sus miembros.

GODOY CRUZ

Esta misma tarde reuniré al Consejo, señor general Gutiérrez...

(*Todos los rostros quedan en sombra*).

CUADRO TERCERO

Celda de Carrera y de sus compañeros en la cárcel de Mendoza. A la derecha unos cuantos escalones, al extremo de los cuales una reja de fierro abrirá sobre la plaza de la ciudad y por ella se verá pasear constantemente a un centinela armado. En el otro extremo una cama, junto a la cual una mesa con un gran crucifijo y dos velas encendidas. Recado de escribir, dos banquetas de madera. En un rincón varios pares de grillos amontonados. Son las diez de la mañana de un hermoso día de primavera. Una campana da lentamente la hora.

ESCENA PRIMERA

(CARRERA, BENAVENTE, ALVAREZ)

(*Sentado junto a la mesa, con la cabeza entre las manos, el coronel Alvarez medita. Carrera viste su antiguo traje de húsar: chaquetón de paño verde, pantalón de paño con bota ceñida desde la rodilla, chaleco claro con botones de metal ojalados hasta el corbatín, gorra redonda de campaña, manta blanca de lana bordada con orla de seda de diferentes matices*).

CARRERA

La campana nos está cantando los últimos minutos. Pronto sonará la hora de morir que no ha de ser, ciertamente, la más triste en nuestra vida.

BENAVENTE

¡La hora de morir!

CARRERA

Y para ironía de nuestro destino sonará en esta misma prisión que vió correr los últimos días de mis hermanos. Estos calabozos están llenos aún de la barbarie de sus muertes... ¡Y yo no he podido castigar a sus inmoladores!

BENAVENTE

Otros nos vengarán a todos.

CARRERA

Quizá sea más noble venganza perdonar.

BENAVENTE

Bien la ejercitan ellos...

CARRERA

Infelices, nos odian porque nos temen. Nuestras espadas fueron siempre una amenaza para toda tiranía...

BENAVENTE

Quisimos redimir pueblos encadenados.

CARRERA

Y hemos seguido el camino de los redentores...

BENAVENTE

La muerte nos sorprende envueltos en una serenidad que nunca tendrán nuestros adversarios. Para mí el patíbulo es como el filo de un sable o la metralla de un cañón; el banco es una descarga de fusiles. En verdad, para ser pasado por las armas no se necesita ni uniforme, ni rubor, ni fraile ni verdugo. Sólo se requiere una cosa: el valor de soldado y acordarse de Chile.

CARRERA

¡Tanto como nos hemos acordado nosotros! La vida me es indiferente y sólo siento el abandono en que quedan los míos.

BENAVENTE

El destino proveerá.

CARRERA

Nuestros planes quedarán truncos como nuestra ambición. Me duele la inutilidad de los esfuerzos gastados para libertar a Chile del despotismo que lo abate, pero eso pasará... Las tiranías pasan y la patria permanece...

BENAVENTE

Hemos luchado, hemos quemado nuestra juventud en los campos de batalla, y todo ¿para qué? Cuando miro a mi alrededor y veo la intriga y el adulo triunfando, el valor perseguido, la verdad negada, escarnecida la libertad, un asco profundo invade mi alma.

CARRERA

¿Por qué desalentarnos, amigo mío? Llegarán tiempos mejores para América, que, unificada un día que mis ojos adivinan en el tiempo, será la patria de todos los hombres que la habiten... Esta gran esperanza me permite, en el umbral de la muerte, que nunca fué mi enemiga y hoy parece ser mi aliada, pensar con orgullo en todo lo grande que hemos hecho en nuestra vida. Si no conseguí libertar a Chile de los españoles, en cambio he contribuído poderosamente a despertar y afianzar las ideas de federalismo y de libertad en estas hermosas tierras del Plata que amo como a mi propia tierra.

BENAVENTE

¡Es nuestra América!

CARRERA

Nuestra América que será grande y libre un día, que verá nacer en su seno sentimientos de unión y de fraternidad que nuestra época sólo habrá presentido.

BENAVENTE

Y de justicia, porque el sol alumbrará, más tarde, a una tierra en que los hombres serán libres, en que no habrá pobres ni ricos, ni déspotas ni esclavos. Si... Yo lo siento. En mi carne y en mi sangre siento esta verdad vibrar como un clarín de batalla... Un día todos los hombres trabajarán la tierra libre, reivindicada para el goce de todos.

(*Pausa*).

CARRERA

El pobre coronel Alvarez no sabe de su ánima. Le condenaron por leal y su muerte es para mí casi un remordimiento.

BENAVENTE

Medita... Quiere reconciliarse con Dios, después de haber sido condenado por los hombres...

CARRERA

Por crímenes que no ha cometido... Consoladlo, amigo mío. El valor de Benavente prestará fuerzas a su ancianidad, que ha sido gloriosa... Yo voy a escribir a mi mujer. (*Se sienta a un extremo de la mesa. Benavente, acercándose a Alvarez, le toca en un hombro; el coronel alza su abatida cabeza y ambos charlan en voz baja. Pausa. Carrera escribe*): «Sótano de Mendoza, Septiembre 4 de 1821... Mi adorada, pero muy desgraciada Mercedes; un accidente inesperado y un conjunto de desgraciadas circunstancias me han traído a esta situación triste. Ten resignación para escuchar que moriré hoy a las once. Sí, mi querida, moriré con el solo pesar de dejarte abandonada con nuestros tiernos cinco hijos en país extraño, sin amigos, sin relaciones, sin recursos. Más puede la Providencia que los hombres...»

(*Pausa. Cesa de escribir y sus ojos parecen buscar, en el aire, las figuras de los seres amados y lejanos*).

BENAVENTE

(*Separándose del coronel Alvarez, que vuelve a recobrar su actitud meditativa*). El pobre Alvarez no comprende por qué se le condena.

CARRERA

Todos llegamos a la muerte con distinto ánimo. Para mí la serenidad es producto de la esperanza que mi amor alberga para América y es producto, también, de apreciar la inutilidad de todo, la fugacidad de la gloria, de los honores, hasta del dolor mismo que a los tristes parece casi eterno. La muerte es el reflejo de una sombra que pasa...

BENAVENTE

Está usted convertido en filósofo, general.

CARRERA

He vivido.

BENAVENTE

Otros vivieron más y comprendieron menos.

CARRERA

Sólo vegetaron...

BENAVENTE

Alvarez mira la muerte como una aproximación a Dios.

CARRERA

Y yo la contemplo como un alejamiento de los hombres...

BENAVENTE

¡Qué hacerle! Hasta me parece agradable morir cuando se ha luchado bien. Sólo siento no tener cerca de mí a esa fiel compañera que ha sido mi tizona. Ni me dió desencantos ni me faltó jamás su ayuda. Hubiera deseado morir blandiéndola, envuelto en el humo de la pólvora y en el ruido de las balas, en plena batalla que es morir noblemente.

CARRERA

De todos modos hemos de tener muerte de soldados.

BENAVENTE

Me duele que ese bribón de Gutiérrez no haya caído entre mis manos... ¡Valiente miserable nos ha vencido!

CARRERA

No nos venció, José María. El cansancio físico, la fatiga de mil combates, un ejército fresco e inmensamente superior en número, la muerte de muchos de nuestros más bravos oficiales, la deserción de los que estaban agotados, todo eso actuó en contra nuestra. Gutiérrez no era hombre para derrotarnos. ¡Nos venció nuestra propia gloria!

ESCENA SEGUNDA

(DICHOS, COROCORTO Y EL TENIENTE OLAZABAL)

(*Se abre la puerta de reja, tras de la cual aparecerá el alcaide Corocorto y dos soldados que franquean el paso a Olazabal*).

OLAZABAL

(*Dirigiéndose a Carrera*). Mi general, os traigo una buena noticia.

CARRERA

¿La de nuestro fin?

OLAZABAL

La posibilidad de que todos los prisioneros sean indultados.

CARRERA

Lo celebraría por mis compañeros, teniente.

ALVAREZ

(*Alzándose*). ¿Será verdad? ¡Dios no nos deja de su mano!... ¡Loado sea!

BENAVENTE

Buena nueva en verdad, señor teniente.

OLAZABAL

Oí el rumor en el Cabildo. Parece que de resultas de las gestiones practicadas por el señor Godoy Cruz...

CARRERA

¿Cómo? ¿El Gobernador de Mendoza hace gestiones ante sí mismo?

OLAZABAL

Detrás de todos y dirigiéndolo todo está mi general Gutiérrez. (*Pausa, Benavente y Carrera se miran entre sí*). Yo he corrido a comunicaros esta esperanza que casi es certidumbre y vuelo a verificarla. Hablaré con el Gobernador en persona.

CARRERA

Gracias, teniente. Nuestra suerte final, cualquiera que ella sea, nos sorprenderá tranquilos.

BENAVENTE

Quedamos obligados con vuestra atención.

ALVAREZ

¡Qué el Señor os oiga!

OLAZABAL

Con permiso, mi general. (*Carrera y Benavente lo despiden con la mano. Lleva la suya a la gorra y sale. El alcaide, después de echar el cerrojo a la puerta, se retira con los soldados*).
(*Pausa*).

ESCENA TERCERA

(CARRERA, BENAVENTE Y ALVAREZ)

(*Los prisioneros se miran entre sí. Alvarez torna a la mesa con visible consuelo y se entrega a sus oraciones*).

BENAVENTE

Hay esperanza de salvar el pellejo.

CARRERA

Para continuar en estas inmundas prisiones... ¿Por ventura no vale más morir que vivir encadenado.?..

BENAVENTE

Las cadenas nunca fueron eternas...

CARRERA

Pero la muerte es liberación inmediata. Ved la esperanza retratada en la cara de nuestro compañero Alvarez. Ella se me comunica. Que al menos se salven él y vos.

BENAVENTE

O todos o ninguno.

CARRERA

Voy a añadir una posdata a mi carta... Será un consuelo para Mercedes. (*Escribe. Pausa. Benavente se pasea*). Está hecho.

BENAVENTE

Esta mañana de sol y de primavera tenía que traernos esperanzas.

CARRERA

Acaso sea una inspiración de mi hermana Javiera, que haya sido tan fuerte como para ablandar corazones de piedra. Todos estos días he pensado en ella. Javiera ha sido el hada buena de mi vida, la amiga incomparable de mis infortunados hermanos...

BENAVENTE

No he conocido mujer de más hermoso temple de alma.

CARRERA

Ni más apasionada ni más noble. En todas las horas graves de mi vida la he sentido cerca de mí. En el triunfo y en la derrota, en el peligro y en la gloria ha estado conmigo. Ha sido mi consejera, mi hermana, mi amiga... Si muero, su recuerdo y el de mi Mercedes, que ha sido la mujer que más he amado, serán los últimos que se apaguen en mi corazón...

BENAVENTE

Un presentimiento alegre llena mi espíritu. Viviremos, general.

ESCENA CUARTA

(DICHOS, COROCORTO, EL FISCAL CABERO, ACOMPAÑAMIENTO)

(*Coincidiendo con la última frase se abrirá con ruido la puerta de reja, tras de la cual se verá al alcaide Corocorto y soldados, dando paso al fiscal Cabero que viste uniforme. Este entrará acompañado de un oficial y de Corocorto. Pausa breve. Alvarez se pone de pie. Todos aguardan en actitud espectante*).

CABERO

(*Saludando*). Voy a dar lectura a una orden del señor Gobernador... (*Pausa ligera. Leyendo*). «Mendoza y Septiembre 4 de 1821. Se suspenderá la ejecución del coronel prisionero don José María Benavente hasta nueva disposición. Hágase saber a quien corresponda y por los conductos respectivos. Firmado: Godoy Cruz». (*Saluda y se retira. En la puerta, a Corocorto*). Alcaide, que vuelvan a poner grillos al coronel Benavente. (*Corocorto asiente con la cabeza y todo el acompañamiento hace mutis*).

ESCENA QUINTA

(CARRERA, BENAVENTE, ALVAREZ)

(*Pausa. Todos se miran en silencio. Alvarez con una mueca de resignación dolorosa se deja caer en su banqueta, junto a la mesa, y su actitud hasta el fin será entre místico y anonadado. Benavente avanza hacia Carrera, que sonríe*).

CARRERA

Mi enhorabuena, coronel. Los bárbaros respetarán vuestra vida, que es preciosa, y eso me procura una profunda alegría.

BENAVENTE

Este indulto me llena a mí de dolor y de indignación. No lo necesito. Os he acompañado en la vida y tengo derecho a acompañaros en la muerte.

CARRERA

Calma, amigo mío. A veces se necesita más valor para vivir que para morir.

BENAVENTE

Voy a llamar a esos verdugos para arrojarles el indulto a la cara, con todo mi desprecio... (*Alza la voz y quiere avanzar hacia la reja. Carrera lo detiene con ademán afectuoso*).

CARRERA

Es vuestro destino. No cabe sino cumplirlo.

BENAVENTE

Yo lo rechazo.

CARRERA

No lo rechazaréis. Es un servicio más que tengo que pediros. Mi familia queda desamparada, sin recurso alguno y en medio de enemigos implacables... ¡Yo os la encomiendo!

BENAVENTE

¡General!

CARRERA

Es justo que la vida se defienda y que la naturaleza también reclame su parte. Os encomiendo a mi mujer y a mis hijos. Protegedlos, sed un padre para ellos.

BENAVENTE

Este encargo, que es sagrado, me obliga a vivir.

CARRERA

Ojalá mi hijo pudiera educarse en los Estados Unidos. Allí todos los hombres que conocí supieron respetarme... Cuando mis hijos crezcan decidles lo que juntos hemos hecho por Chile y por América...

BENAVENTE

(*Abrazándolo*) ¡Os lo prometo, José Miguel!

CARRERA

Entregad a mi mujer mi reloj y esta carta... (*Pausa, Mirando a Alvarez*) ¡Pobre Alvarez, cómo siento que no hayan respetado su vejez!

ESCENA SEXTA

(DICHOS, FRAY BENITO LAMAS Y SOLDADOS)

(*El Alcaide Corocorto abre la reja, dando paso a Fray Benito Lamas. En seguida se retira*).

FRAY BENITO LAMAS

(*Avanzando hacia Carrera*). ¿Queréis reconciliaros, señor general?

CARRERA

No, mi padre; a Dios lo tengo en mi corazón, nó en los labios...

FRAY BENITO LAMAS

Sin embargo...

CARRERA

(*Señalando a Alvarez*). Hay quien necesita de vuestra ayuda más que yo.

(*Fray Benito se aproxima al coronel Alvarez y le toca en un hombro. Este, poniéndose en pie, le cede su asiento y luego se arrodilla ante él; postura en la que permanecerá hasta el momento de salir*).

BENAVENTE

¡Terrible angustia!

CARRERA

Yo soy de los que saben esperar... (*Dirigiéndose a la mesa*). Me acuerdo de Martínez Nieto, en este momento. Le voy a escribir una esquela recomendándole a los míos... (*Escribe. Dos soldados colocan grillos en los pies de Benavente. Este parece anonadado frente a la vida, contrastando su varonil arrogancia ante la muerte. Pausa*).

BENAVENTE

Procuraré hacer llegar esa carta a su destino...

CARRERA

Lástima que quede inconclusa. Parece que los de Mendoza tienen mucha prisa...

ESCENA SEPTIMA

(DICHOS, COROCORTO, CRISTOBAL BARCALA Y ACOMPAÑAMIENTO)

(*Coincidiendo con la última frase se siente ruido de tambores. Abrese completamente la puerta de reja, penetrando por ella el teniente Cristóbal Barcala y el Alcaide Corocorto. Una fila de soldados con rifle abre calle hacia la plaza*).

COROCORTO

General, ha llegado la hora.

CARRERA

¿Hay más condenados a muerte?

COROCORTO

También morirá el soldado Monroy.

CARRERA

¡Pobre muchacho! En el combate se portaba como un hombre... (*A Barcala*). Señor oficial, deseo pediros un último servicio.

BARCALA

(*Oficial negro*). ¿Qué desea, mi general?

CARRERA

Quiero morir de pie y con la cara descubierta.

BARCALA

Concedido, mi general.

CARRERA

Gracias, teniente. ¿Podría mandar yo mismo el pelotón que ha de fusilarme?

BARCALA

No es posible, mi general.

CARRERA

Al menos escoja usted los mejores tiradores y dígales que apunten donde yo ponga mi mano.

BARCALA

Bien, mi general.

COROCORTO

Nos hemos pasado algunos minutos de la hora fijada.

CARRERA

Excusen ustedes. Yo estoy pronto. (*Toma la gorra y la coloca sobre su cabeza*),

(*El Alcaide hace una seña y el padre Lamas, que se habrá puesto en pie, avanza con el coronel Alvarez, quien lleva un crucifijo en sus manos. El Alcaide Corocorto rompe la marcha, permaneciendo a un lado el teniente Barcala. Redoble de tambor al salir Alvarez*).

CARRERA

(*A Barcala*). Perdóneme, teniente, que lo retarde un instante más. (*A Benavente*). Adiós, amigo mío. No me olvideis. Ojalá mis compañeros puedan continuar mi obra y expresar algún día a los chilenos cuanto los he amado... Hermano mío, cuando mis amigos os pregunten por mí, mañana, decídles que Carrera ha muerto por la libertad de América... (*Benavente, hondamente conmovido, inclina la cabeza. A Barcala*). Vamos, teniente.

(*Barcala saluda con su espada. Las campanas comienzan a doblar. Carrera, con supremo dominio de sí mismo, avanza sonriendo hacia la muerte. Benavente, en mitad de la escena, parece enclavado en el suelo. Redoble de tambores*).

(*TELON LENTO*).

La tirada aparte de este trabajo—Eugenio Orrego Vicuña: *Carrera*. Drama Histórico en cinco actos. Santiago. Prensas de la Universidad de Chile. 1933—puede considerarse como texto definitivo.

ANEXO

I

PLAN DE UNIFORMES DADO NUEVAMENTE POR LA SUPERIORIDAD PARA TODOS CUERPOS VETERANOS, Y DE MILICIAS DEL EJERCITO DE ESTE REINO (1)

ESTADOS MAYORES DE PLAZA

Casaca, pantalón, y mantillas del caballo, verde aceituna, cuello, vuelta, solapa y forros de grana: chalecos y vivos blancos, siete ojales en la solapa, uno en el cuello, y tres en las vueltas de la casaca, de seda del mismo color de la grana: sable corvo y media bota, sombrero llano, cabos de oro, flores de lis en los faldones.

REAL CUERPO DE ARTILLERIA

Respecto de estar recién hecho para dicho cuerpo el vestuario completo, según se le señala en su respectivo reglamento, lo usará en esta forma hasta el tiempo en que se le haya de dar otro nuevo, y dicten las circunstancias la variación que deba hacerse.

BATALLON DE INFANTERIA DE CONCEPCION

Casaca corta, forro pantalón, y botín de paño azul turquí: chaleco, solapas, y cuello de grana, siete ojales largos en la solapa, y tres en la vuelta figurados con seda del mismo color, vivos celestes: en los faldones flores de lis, y en el cuello ojal y botón: gorra de suela charolada con escudo de metal, espada recta, porta espada de ante, cabos de oro.

BATALLON GRANADEROS DE CHILE

Casaca corta, pantalón y botines de paño azul turquí, chaleco, solapas, bocas y cuellos de grana, vivos blancos, forro azul. Siete ojales largos en la solapa, y uno en el cuello figurándolos con seda del propio color de la grana. Granadas en los faldones de la casaca. Gorra de suela charolada, con el escudo de las armas del Reino. Cabos amarillos. Los oficiales usarán espada recta, y porta espada de ante cuando estén de facción.

A toda la tropa de infantería, así de este Batallón, como el de Concepción, e igualmente la de Artillería, deberá dársele también medio vestuario, compuesto éste, y el entero de las prendas, y duración siguientes: advirtiendo que la artillería a caballo debe ser atendida como la caballería.

---

(1)Para la representación de **Carrera**, me parece indispensable tener presente el reglamento de uniformes y divisas dictado por el gobierno chileno en 1812.

Es una pieza histórica casi desconocida, pues sólo fué publicada en folio (4.º—8 pp. fols.), siendo de temer que no exista actualmente—en Chile—sino una copia a máquina tomada de un ejemplar original por el historiador don Guillermo Feliú Cruz, quien amablemente nos la ha proporcionado.

Véase: **Bibliografía de la Imprenta en Santiago de Chile desde sus orígenes hasta Febrero de 1817** por J. T. Medina. Impreso en casa del Autor; Santiago, 1891.

Vestuario entero

Prendas	Tiempo de duración	
Casaquita	1	4 años
Chaleco	1	2 »
Pantalón	1	2 »
Gorra	1	2 »
Botines par	1	2 »
Zapatos par	1	2 »
Corbatines de suela barnizada forrados en paño negro	2	2 »
Camisas	2	2 »
Medias par	1	2 »
Gorra de cuartel	1	4 »
Mochila	1	8 »

Medio vestuario

Prendas	Tiempo de duración	
Chaqueta	1	2 años
Pantalón	1	2 »
Gorro de Cuartel	1	2 »
Botines par	1	2 »
Zapatos par	1	2 »
Camisas	1	2 »
Corbatines	1	2 »
Medias par	1	2 »

ASAMBLEA GENERAL DE CABALLERIA

Casaca corta, pantalon, capote y mantillas de paño azul turquí: forros, solapa, vueltas, cuello de casaca, y capote grana, figurados los ojales en la solapa con seda, chaleco y vivos anteados. Leones en el cuello, tres flores de lis en cada boca manga, león y castillo en los faldones. Morreón de pelo con cordones, cabos blancos. La montura y armamento a excepción de la tercerola como el de la Guardia Nacional: la bota será larga.

DRAGONES DE FRONTERA

Casaca corta con carteras a lo largo, forro pantalón, y capote azul turquí, solapa, cuello, vueltas, y vivos anteados. Palma y sable en el cuello. Casco a la Romana. Cabos amarillos. La montura como la de la Guardia Nacional, su armamento el que le corresponde por su instituto, con la diferencia que en el cinturón del sable será de dos tiros.

A toda la tropa de los Cuerpos antecedentes, deberá dársele también medio vestuario: este, y el vestuario entero, se compondrá de las prendas y duración siguiente.

Vestuario entero

Prendas	Tiempo de duración	
Capote	1	6 años
Casaca	1	4 »
Chaleco	1	2 »
Pantalón de paño abotonado al lado	1	2 »
Pantalón de ante ajustado	1	4 »
Gorro de parada	1	4 »
Chaqueta azul con mangas	1	2 »
Botas par	1	2 »
Zapatos par	1	2 »
Corbatines de suela forrados en pana negra	1	4 »
Camisas	2	2 »
Medias par	1	2 »
Gorro de cuartel	1	4 »
Cordón de espada o sable	1	4 »

Medio vestuario

Chaqueta azul con mangas de paño	1	2 »
Pantalón de paño	1	2 »
Gorro de cuartel	1	2 »
Botas par	1	2 »

Prendas	Tiempo de duración	
Zapatos par	1	2 »
Camisas	1	2 »
Medias	1	2 »
Corbatines	1	2 »

MONTURA

Silla completa	1	6 »
Maleta	1	6 »

El adereso deberá componerse de silla, brida con bocado, estribos de fierro, correaje entero, cavezadas de pesebre, cavesón, saco de cevada, brusa, almohada, mandil, trabas, morral, manta, y cinchuela.

No se prefixa duración a la cartuchera, cinturón, y armamento, porque deben estrenarse y reemplazarse según el estado de su uso, el que deben graduar los Jefes, como responsables de la economía, y brillantes de su cuerpo.

GRAN GUARDIA NACIONAL

Capote de paño azul, o pardo con mangotes y capucha. Dolmán azul, cuello, vuelta y forro encarnados, vivos anteados, tres hileras de botones de media naranja con el letrero al rededor de Gran Guardia Nacional, oliva y sable en el cuello. La pellisa que sólo usaran los oficiales por la escases del Erario será en todo igual al dolmán con solo el agregado del rivete de piel de chinchilla o guillin, chaleco encarnado con el propio vivo, y una hilera de botones, y tres los oficiales.

Pantalón de paño azul con botonadura al lado, figurada media bota de piel, y forrado en el entre piernas, y en la parte que rosa el sable y la tercerola. También se les dará pantalón de ante.

Casco a la romana.

Medias botas con espuelas pegadas, y herradura en el taco. Su montura cubierta con mantilla de paño azul forrado en el asiento, en el extremo de las cañoneras, y en la unión del fueste delantero con piel negra. Correaje de color de la baqueta, Maleta de paño. Guante largo de ante. Echona.

ARMAMENTO

Tercerola, una pistola a la izquierda, espada recta, cinturón de ante de dos tiros. Canana de baqueta, y en su color. Porta tercerola de ante con su gancho de muelle.

NOTA.—El uniforme del Picador, Mariscal, Armero y Sillero será igual al de la tropa con la diferencia que el cuello, y boca del Dolmán ha de ser azul. El Picador usará un bocado con camas, y anillas bordados en el cuello, y en la misma parte el Mariscal, una herradura de caballo señalados los agujeros para los clavos. El Armero una pistola, sables cruzados, y el Sillero una cuchilla de mano.

Vestuario entero

Prendas	Tiempo de duración	
Capote	1	6 años
Pellisa	1	4 »
Dolman	1	4 »
Chaleco	1	2 »
Pantalón de paño abotonado al lado	1	2 »
Pantalón de ante ajustado	1	4 »
Casco	1	4 »
Medias Botas par	1	2 »
Zapatos par	1	2 »
Corbatines de baqueta	1	4 »
Camisas	2	2 »
Medias par	1	2 »
Cordón de sable de ante	1	4 »
Guantes de ante igual al modelo par	1	4 »

De Cuartel

Dolmán	1	4 »
Pantalón	1	4 »
Botines	1	2 »
Gorro	1	4 »
Chaqueta de lienzo para la caballerisa	1	2 »
Pantalón de Id. para Id	1	2 »

Medio vestuario

Pantalón	1	2	»
Medias botas	1	2	»
Zapatos	1	2	»
Corbatines	1	2	»
Camisas	1	2	»
Medias	1	2	»
Botines	1	2	»
Chaqueta de lienzo para la caballeriza	1	2	»
Pantalón Id. para Id	1	2	»

INVALIDOS HABILES

Casaca corta, pantalón forro y solapa azul, cuello y chaleco blanco vuelta encarnada, botón amarillo, sombrero sin galón.

RETIRADOS DEL EJERCITO Y MILICIAS

Casaca, pantalón, cuello, solapa, y vueltas azules, vivos encarnados, chaleco blanco. Cabos amarillos, botón liso y tendido.

Sombrero llano, media bota. Los de Milicias no usaran del vivo.

MILICIAS DICIPLINADAS DE INFANTERIA

Casaca corta sin solapa, y abotonada por una hilera de botones tendidos, pantalón, botines y forro azul turqui. Cuello, vueltas, y vivos encarnados, chaleco blanco. Sombrero redondo levantada la ala izquierda sujeta por un botón, y precilla a cuyo extremo se colocará la escarapela, sintillo y plumero tricolor. Los cabos de oro. En el cuello estrella de metal, y en los extremos de la casaca flores de lis.

MILICIAS URBANAS DE INFANTERIA

Casaca corta sin solapa, abotonada por una hilera de botones tendidos, pantalón, botines y forros azules, chaleco blanco, cuello y vueltas carmesí. En el cuello un ojal largo figurado con seda celeste, puesto un botón al extremo de atrás, y las puntas de la casaca tomadas por una precilla del propio paño con dos botones. El sombrero, y cabos igual a los diciplinados.

BATALLON DE PARDOS

Casaca corta sin solapa, y abrochada por una hilera de botones tendidos, forro, pantalón, y botines azul turquí, chaleco blanco, cuello y vueltas celestes. En el cuello, y extremos de la casaca y sombrero lo mismo que los Urbanos de Infantería.

MILICIAS DICIPLINADAS DE CABALLERIA

Casaca corta, forro y pantalón turquí (azul) vuelta, solapa, cuellos y vivos en la casaca encarnados, chaleco blanco. Un escudo del tamaño y figura de medio peso con el número del regimiento calado, se colocará en el cuello, y en los extremos de la casaca dos leones. Sombrero redondo con precilla, y escarapela a la izquierda, sintillo de galón, y plumero corto tricolor. Cabos blancos.

MONTURA

Silla con mantilla que tome desde la cruz a la mitad del anca, será azul como las tapas fundas, y ambas llevarán vivo encarnado.

Brida, pretal, y gurupera, o baticola de baqueta negra sin pieza alguna de plata, estriberas, y todo el evillaje de acero.

MILICIAS URBANAS DE CABALLERIA

En todo igual a las diciplinadas con la sola diferencia de que será la casaca sin solapa, abotonada por una hilera de botones tendidos, el cuello, vivos, y vueltas verdes lo mismo que el de la mantilla.

ADVERTENCIAS

Todos los cuerpos deberán usar en sus uniformes y fraques botones grabados con el nombre, o número que les corresponda, bien entendido que los veteranos pondrán el nombre, los Milicianos el número.

Fuera de formación será permitido a la Oficialidad veterana el pequeño uniforme todo azul abrochado por una sola hilera de doce botones, y en lo demás igual al uniforme. También

se tolerará en igual caso el pantalón blanco, y el sombrero armado, sin galón, el que será extensivo a las Milicias.

PLAN DE DIVISAS

El cabo segundo de infantería, y el carabinero de caballería

Usarán de un galon de lana precisamente, amarillo o blanco, según los cabos de el uniforme, de un dedo de ancho, en figura triangular, sobre la manga de la casaca, en ambos brazos, de manera que el ángulo vertical salga desde la extremidad de la vuelta, y rematen los dos ángulos en las costuras de la manga.

El cabo primero de infantería, y el cabo segundo de caballería

Dos galones de lana, en el mismo paraje, y de el propio ancho, color y figura que queda designado, con un dedo de intervalo entre uno y otro.

El cabo primero de caballería y Dragones

Una estrella de torcal de seda encarnada, de siete rayos, y de dos pulgadas de diámetro, bordada en la manga de el brazo derecho, y en el mismo sitio que las divisas de los cabos.

El sargento primero

Una estrella en cada manga, como la de los sargentos segundos.

NOTA.—Todo soldado o cabo que por gozar tercer premio, deba usar la divisa de sargento, sea de el cuerpo que fuese, llevará la estrella en el brazo izquierdo, y de ningún modo en el derecho para que no se confunda con los sargentos segundos de compañía; y bajo la inteligencia que los que fueren cabos usarán también precisamente su respectiva divisa de Cabos, los individuos que sólo gocen primer premio, llevarán precisamente la misma divisa que el cabo segundo de Infantería, pero sólo en el brazo izquierdo, y puesta entre el codo y el hombro, para que no se equivoquen con los cabos, y los que disfrutaren segundos premios llevarán la divisa de los cabos primeros de Infantería, en el mismo brazo y lugar que queda prevenido para los de primer premio.

El Cadete

En lugar de el Alamar, o cordones que han usado hasta ahora, llevará una estrella, de plata u oro según los cabos de el uniforme, bordada de solo hilado y de ningún modo con canutillo, esmaltes, etc., en el brazo derecho, de el mismo tamaño y figura, y en el propio sitio que los sargentos segundos.

El Subteniente, y el Alferes

Una escama de metal a martillo, sin rapasejo, puesta en el hombro derecho.

NOTA.—Todo soldado, cabo o sargento, que por gozar cuarto premio debe usar la divisa de Alferes, y los que por gracia estén graduados de tales, llevarán la ante dicha escama en el hombro izquierdo, y no en el derecho.

El Teniente

Una escama en cada hombro, como la de los Alferes.

El Capitán

Una escama con rapasejo en cada hombro.

El Sargento Mayor

Una charretera en cada hombro de hilado o tejido de plata u oro, según los cabos de el uniforme, con canelones de entorchados pero sin bordado ni adorno de ninguna clase en las palas, las que les han de ser precisamente lisas.

El Teniente Coronel, y Comandantes de Batallón y de Escuadrón

Dos charreteras de la misma especie y figura que la de los Sargentos Mayores, con una estrella bordada en cada pala, de plata si las charreteras fuesen de oro, o de oro las estrellas si las charreteras son de plata.

El Coronel

Dos charreteras, con dos estrellas en cada pala, como queda prevenido para los Tenientes Coroneles.

El Brigadier

Usará de las mismas divisas o charreteras que le correspondan por el último empleo efectivo que tenga, o haya tenido, y de ningún modo las de los grados, pero a más llevará un bordado de plata sobre las vueltas de las mangas de la casaca, igual al modelo que se deposita en la Secretaría de Guerra para que sea conforme a él, y para que jamás padezca la menor alteración. De Brigadier inclusive arriba podrán llevar siempre que quieran sombrero con galón.

El Mariscal de Campo

Un bordado de oro como el de los Brigadieres, en el mismo sitio, y de el propio ancho. figura y hechura, llevando las charreteras que le correspondan por su último empleo efectivo.

El Teniente General

Dos bordados como el de Mariscal de Campo en los propios términos y con la misma restricción que éstos.

El Capitán General

Tres bordados: en todo conforme queda prevenido para los demás Generales.

Todos los Oficiales de Ejército desde la clase de Capitanes, vivos y efectivos inclusive arriba y de ningún modo los graduados usarán sobre el vestido, en la cintura, una faja de punto de seda carmesí.

Todos los jefes efectivos, y propietarios de los cuerpos, y Plazas, y los Brigadieres, y Generales que tuvieren mando, usarán bastón con borlas de seda negra, y los Ayudantes con sólo un cordón sin borlas, unos y otros aunque tengan grado superior a su empleo, y desde Brigadier inclusive arriba llevarán el bastón aún cuando no estén en la actualidad empleados.

Para evitar confusión entre los Jefes y demás Oficiales, desde Sargento Mayor hasta Coronel inclusive usarán en las boca mangas de el uniforme el mismo distintivo que previene la Ordenanza para los de su clase a más de las charreteras. Los Jefes de Húsares y de Caballería ligera, pondran los galones en figura de pico de loro, cuyo pico torcerá a la parte exterior del brazo. Los Jefes de Caballería, Dragones, Húsares. y Caballería ligera podrán no usar las charreteras cuando estén de facción solamente, por la incomodidad que con ellas causa el movimiento del caballo.

Todas las divisas detalladas en este plan serán comunes a los cuerpos de Ejército, y los de Milicias, a excepción de la faja que sólo la usarán los Oficiales de Milicias que tuvieren el grado de Ejército por el que les corresponda.

Santiago, 7 de Noviembre de 1812.

II

UNIFORME PARA LA MARINA (2)

Para la Marina se acuerda hoy el siguiente uniforme: Casaca, cuello, bota y solapa azul. Cabos amarillos. En la solapa, nueve botones. En la botamanga, cuatro. En la faltriquera cuatro, y tres a lo largo del faldón. Espada-sable, sombrero de picos. El centro blanco, el calzón corto. Cuando no sea riguroso el uniforme, puede usarse pantalón azul y media-bota.

Hasta nueva disposición del Gobierno, será árbitro el jefe de la Armada en dar a la marineria y tropa el uniforme que guste.

---

(2) Don José Toribio Medina transcribe el anterior decreto, en su obra **Bibliografía de La Imprenta en Santiago de Chile desde sus orígenes hasta Febrero de 1817**, precediéndolo con estas palabras: «En el ejemplar que tengo a la vista, de propiedad de D. Nicolás Anrique, se encuentra al final una nota manuscrita, fechada en 20 de Septiembre de 1814, y al parecer con letra y rúbrica de D. José Miguel Carrera...»

FE DE ERRATAS

DICE:	Página	Línea	LEASE:
ha sido hecho a	58	5	ha sido laborado a
desdeñan los alhagos o las censuras de una crítica a menudo mesquina, con limitación de	58	7 y 8	desdeñan los halagos o las censuras de una crítica literaria a menudo mezquina, hecha con limitación de
BENAVENTE	116	2	CARRERA
Calma y paz necesitamos.	116	3	Debo hacer justicia, Mercedes.
KENNEDY	116	4	MERCEDES
Buen consejo.	116	5	Calma y paz necesitamos.
BENAVENTE	116	13	DOÑA JAVIERA
Hemos concebido un gran proyecto.	116	14	Es menester forjar algún proyecto que permita llevar a cabo nuestras aspiraciones.
DOÑA JAVIERA	116	15	CARRERA
Veamos ese gran proyecto.	116	16	Ya lo tengo concebido.
BENAVENTE	116	17	DOÑA JAVIERA
El general lo expondrá.	116	18	Como tuyo ha de ser bueno. Veamos, hermano, en qué consiste.
sacrificios no han sido estériles y pudieron ser útiles a la gran causa de Sud América.	134	27 y 28	sacrificios en pró de la gran causa de Sud América no serán estériles.
igualdad y de fraternidad.	135	24	libertad y de fraternidad.
acompañando Jordán y Kennedy a Pueyrredón.	142	20	*acompañando Jordán y Pueyrredón a Kennedy.*
Diles que fuí a sus tolderías y a sus tiendas a recibir	167	18	Diles que fuí a sus tolderías a recibir
UNA MUJER	178	10 y 14	MUJER 1.ª
sido tan fuerte	195	12	tenido tanta fuerza